

ANTONIO Y MANUEL MACHADO
Y FRANCISCO VILLAESPESA

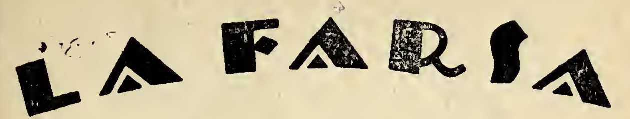
HERNANI

Traducción en verso del célebre drama de

VICTOR HUGO

CONTRIBUCIÓN

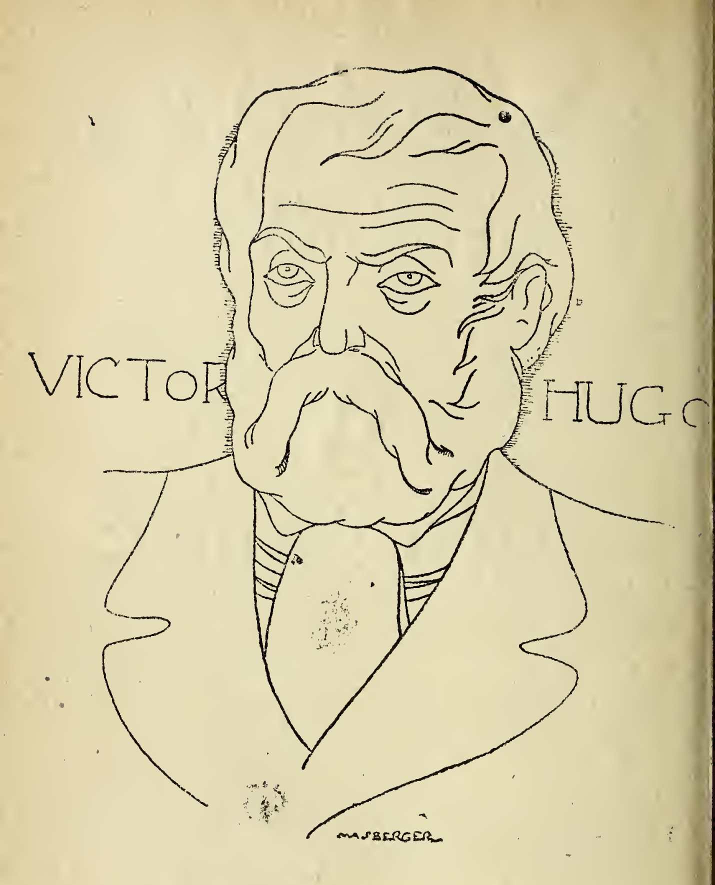
DE



AL CENTENARIO DEL
ROMANTICISMO

HERNANI

VERSIÓN CASTELLANA DE LA FAMOSA OBRA DEL INMORTAL VÍCTOR HUGO, HECHA POR LOS ILUSTRES POETAS MANUEL Y ANTONIO MACHADO Y FRANCISCO VILLAESPESA, QUE SE PUBLICA POR PRIMERA VEZ


VICTOR
HUGO
MASBERGER

El estreno de HERNANI fué la primera victoria del romanticismo en la escena.

Se sabe que no fué sin lucha, y que a la jornada del 25 de febrero de 1830 en el Teatro Francés, se llamó durante mucho tiempo, la "batalla de HERNANI". Pero el triunfo fué completo.

"Había cierto peligro, en efecto—dice Víctor Hugo en el prólogo de la primera edición de HERNANI, agotada en pocos días—, en cambiar tan bruscamente de auditorio, en arriesgar en el teatro tentativas hasta hoy sólo confiadas al papel, *que todo lo aguanta.* El público de los libros es muy distinto del público de los espectáculos, y cabía temer que este último rechazara lo que el primero había ya aceptado. Nada de esto ocurrió. El principio de la libertad literaria, ya comprendido por la gente que lee y medita, no ha sido menos plenamente adoptado por esa inmensa multitud, ávida de puras emociones de arte, que inunda a diario los teatros de París. La voz alta y poderosa del pueblo—semejante a la de Dios—quiere que en adelante la poesía ostente la misma divisa que la política: TOLERANCIA Y LIBERTAD."

Y en otro lugar del mismo citado prólogo, Víctor Hugo declara: "El romanticismo, tantas veces mal definido, no es en el fondo—y aquí está su definición real—sino el *liberalismo* en literatura. Esta verdad ha sido ya comprendida por todos los espíritus avisados,

cuyo número es grande; y pronto, porque la obra está muy avanzada, el liberalismo literario no será menos popular que el liberalismo político".

El vaticinio de Hugo se cumplió. El triunfo del romanticismo fué completo; su repercusión enorme, sus consecuencias tan grandes, generales y duraderas cuanto acusa la historia de la literatura universal. Conocidos son los ópimos frutos que produjo en el teatro español, en manos del Duque de Rivas, Zorrilla, Hartzenbusch, García Gutiérrez...

Hoy que el romanticismo como escuela literaria—no menos que el liberalismo como escuela política—después de dar ya toda su substancia, ha pasado a la historia para llenar algunas de sus más bellas páginas, la publicación del HERNANI en castellano, coincidiendo casi con el centenario de su estreno y como contribución al del romanticismo, nos ha parecido oportuna.

Además, en Arte, las tendencias, pasan, las escuelas varían; pero las obras maestras de cada una de ellas viven y perduran, sumando a su intrínseco valor estético el de un especial interés histórico y arqueológico.

Buena prueba de ello es el entusiasmo y el encanto con que es acogida en todas partes—en España y América muy particularmente—la representación de HERNANI, cuyo estreno en Madrid, hace pocos años, fué un verdadero suceso literario, y recorre hoy en triunfo todo el imperio del habla castellana.

D. MANUEL Y D. ANTONIO MACHADO
Y D. FRANCISCO VILLAESPESA

HERNANI

VERSIÓN Y ARREGLO A LA ESCENA ESPAÑOLA

Estrenada en el Teatro Español,
de Madrid, el 1 de enero de 1925



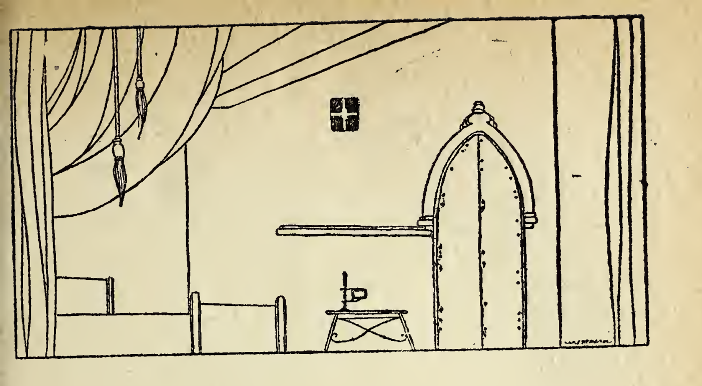
LA FARSA
AÑO II — 23 DE JUNIO DE 1928 — NÚM. 42
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Hernani	D. Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.
Don Ruy Gómez de Silva	» Emilio Thuiller.
Don Carlos	» Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero.
Doña Sol de Silva	Sra. Hortensia Gelabert.
El Duque de Gotha	Sr. Beríngola.
El Duque de Lutzelburgo ...	» Ortega.
Don Sancho	» Perchicot.
Don Matías	» Ferriz.
Don Ricardo	» Capilla.
Don García Suárez	» Beríngola.
Don Francisco	» Vázquez.
Doña Josefa Duarte (dueña).	Sra. Bofill.
Un montañés.................	Sr. Ortega.
Conjurado 1.°	» Vázquez.
Conjurado 2.°	» Ferriz.
Conjurado 3.°	» N. N.

Conjurados de la Liga Sacrosanta, alemanes y españoles, montañeses, señores, soldados, pajes, pueblo, etc.

España, 1519.



ACTO PRIMERO

EL REY

Cuarto dormitorio. Es de noche. Una lámpara sobre una mesa. Puerta al foro y laterales. Una, secreta.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JOSEFA DUARTE, vieja, vestida de negro; DON CARLOS. Llaman, dando unos golpes a una puertecita situada a la derecha.

D.ª JOSEFA. ¿Será él?... En la escalera
secreta que llaman siento.
(Suena otro golpe.)
Abramos. El es sin duda.
(Abre y entra Don Carlos.)
Buenas noches, caballero.
(Don Carlos se desemboza.)
¿No sois Hernani? Dios mío...
Socorro.

DON CARLOS. *(Asiéndola del brazo.)*
¡Viven los cielos!
Dos palabras y sois muerta.
¿Estoy en el aposento
de Doña Sol, prometida
de su noble tío, el viejo
Duque de Pastrana? ¿Ama

la hermosa dama a un mancebo
lampiño, y todas las noches
abre sus puertas a un tiempo
al viejo de luengas barbas
y al joven imberbe? ¿Es cierto?

D.ª JOSEFA. Bajo amenaza de muerte
me prohibisteis, caballero,
hablar dos palabras.

DON CARLOS. Sólo
que digas una te ordeno.
¿Sí o no? ¿Tu señora es
Doña Sol?

D.ª JOSEFA. Sí.

DON CARLOS. ¿No está dentro
de casa el Duque?

D.ª JOSEFA. Sí.

DON CARLOS. ¿Aguarda
ella a su galán?

D.ª JOSEFA. Sí.

DON CARLOS. (Bueno;
ciertas eran mis sospechas.)
¿Le espera en este aposento?

D.ª JOSEFA. Sí.

DON CARLOS. Escondedme.

D.ª JOSEFA. ¿A vos?

DON CARLOS. A mí.

D.ª JOSEFA. ¿Por qué?

DON CARLOS. Porque así lo quiero.

D.ª JOSEFA. ¿Pero dónde?

DON CARLOS. Aquí.

D.ª JOSEFA. ¡Jesús!
Imposible.

DON CARLOS. ¿Plata o hierro?
(Sacando un bolsillo y un puñal.)

D.ª JOSEFA. ¡La santa Virgen me ampare!
(Abriendo un armario.)
Entrad aquí y escondeos.

DON CARLOS. No me agrada el escondite.

D.ª JOSEFA. Pues otro mejor no tengo.
Si no os gusta, idos.

DON CARLOS. *(Entrando.)*
¿Ocultas
en este rincón siniestro,
la escoba donde cabalgas,
maldita bruja?

D.ª JOSEFA. (Los cielos
me amparen). ¡Un hombre en casa!

DON CARLOS. Pues ¿es mujer el mancebo
a quien tu señora espera?

D.ª JOSEFA. Callad, que sus pasos siento.
Entrad y cerrad al punto
la puerta.

DON CARLOS. *(Cerrando.)*
Bien; mas te advierto
que si hablas, muerta eres.

D.ª JOSEFA. ¡Muerta estoy, pero de miedo!
¿Y a quién llamar, cuando todos
dormidos están, excepto
los dos? Esto atañe a ella
y a él, que tiene buen acero.
A mí... la Virgen me libre
de todo mal. Por lo menos
(Sonando la bolsa.)
será el diablo ese galán,
pero no es un bandolero.

ESCENA SEGUNDA

DOÑA JOSEFA. DON CARLOS, oculto. DOÑA SOL; luego, HERNANI.

DOÑA SOL. Josefa.

D.ª JOSEFA. Señora mía...
¿Más qué os pasa, decid?

DOÑA SOL. Temo
una desgracia.

D.ª JOSEFA. ¿Por qué?

DOÑA SOL. Hernani debió hace tiempo
llegar, y estoy con cuidado.
(Ovense pasos hacia la puerta secreta.)

D.ª JOSEFA. Callad; aquí le tenemos.
(La dueña abre la puerta y entra Hernani con capa y sombrero. Lleva traje de montañés de paño pardo con coraza de cuero. Al cinto un puñal, una espada y un cuerno de caza.)

DOÑA SOL. *(Corriendo hacia él.)*
¡Hernani!

HERNANI. Luz de mis ojos.
Doña Sol, al fin te veo
y escucho tu voz. ¿Por qué
me tiene el destino adverso
de tu amor tan alejado,
cuando en mis tristezas tengo
necesidad de mirarte

para olvidar mis tormentos?
¡Oh, amor de mi vida, dime:
cuando inocente en tu lecho
descansas, cuando tus párpados
entorna plácido el sueño,
la roja flor de tus labios
suspirantes entrabriendo,
¿no te dice un ángel cómo
es tu cariño un consuelo
para el mísero a quien todos
abandonan con desprecio?

DOÑA SOL. ¡Cuánto has tardado! ¿Traes frío
Hernani?

HERNANI. ¡Cómo traerlo!
¡Ah! cuando el amor celoso
incendia nuestro cerebro,
cuando torvas hierven mil
tempestades en el pecho,
¿qué importa que a nuestro paso
vuelque sus nubes el cielo?

DOÑA SOL. Tu capa deja y tu espada.

HERNANI. *(Llevando la mano al pomo.)*
No, Doña Sol. Este acero,
amigo constante y fiel,
nunca me abandona. Hablemos
de otra cosa. ¿Se halla ausente
tu tío y futuro dueño?

DOÑA SOL. Esta hora, mi bien, nos pertenece.

HERNANI. ¡Una hora no más! ¡Dicha tan corta
para un amor tan grande, que parece
llenar el universo! Mas ¿qué importa?
Es fuerza corazón; muere u olvida.
¡Una hora sólo para quien quisiera
toda la vida aquí, toda la vida
y luego allá la eternidad entera!

DOÑA SOL. ¡Hernani!

HERNANI. Doña Sol, ¡oh, qué dichoso!
Oh qué dichoso mi cariño cuando
como un ladrón astuto y sigiloso,
las fuertes puertas del hogar forzando,
roba al viejo una hora de alegría
y ante tus plantas se arrodilla y ora.
Acaso el miserable sentiría
que le robase yo sólo una hora
cuando él me roba a mí la vida entera.

DOÑA SOL. Hernani, tus recuerdos da al olvido.
Ven a mi lado.

HERNANI. ¿El Duque aun está fuera?

DOÑA SOL. No pienses más en él, yo te lo pido.

HERNANI. ¡Cómo no recordarlo eternamente
si ha de ser tu señor, amada mía!
Cómo no recordar, si el otro día
ante mis ojos te besó en la frente.

DOÑA SOL. *(Riendo.)*
¿Eso también a ti te causa agravios?
Fué un beso paternal.

HERNANI. No; un beso ansioso,
de amante, sí, de enamorado esposo;
beso que es una llama entre los labios.
Para morir más pronto, necesita
una mujer que alegre su camino,
y avariento y cruel viene y me quita
la única flor que me brindó el destino.
Oh, miserable, miserable anciano,
en su caduca senectud no advierte
que mientras loco a ti tiende una mano
la otra le oprime sin piedad la muerte.
Mal en ponerse entre nosotros hace,
es su propia ambición quien le condena.
¿Pero quién ha dispuesto tal enlace?

DOÑA SOL. Dicen que el propio Rey es quien lo ordena.

HERNANI. Siempre el Rey. Por el suyo condenado
mi padre recibió muerte afrentosa.
Y niño aún, al borde de la fosa,
odio eterno a los suyos he jurado.
Juré para vengarle, dar la muerte
al hijo de aquél bárbaro asesino.
Le busqué sin cesar y ahora la suerte
le coloca en mitad de mi camino.
Nuestros padres sin tregua combatieron
treinta años, con indómita bravura;
con ellos los rencores no murieron.
Más sangriento que nunca el odio aun dura
en nosotros...

DOÑA SOL. Me asustas, me das pena.

HERNANI. Y cómo no asustarte, si el quebranto
del peso abrumador de esta condena
a mí mismo también me causó espanto.
Oye: Ruy Silva, tu futuro esposo,
el que la dicha de mi amor empaña,
es Duque de Pastrana, un poderoso
rico hombre de Aragón, grande de España.
Ya que no juventud, darte podría
tanto oro y tantas joyas refulgentes

que tu soberbia frente eclipsaría
el esplendor de las reales frentes.
Y por su sangre y por su alcurnia ilesa
y por su noble historia inmaculada,
la reina más altiva y más honrada
envidia sentirá de su Duquesa.
Yo, soy un pobre. En mi niñez no tuve
más que la selva en que vagaba huraño,
deslustra mi blasón sangrienta nube,
mas quizás del cadalso bajo el paño
tengo ocultos derechos que algún día
hará valer mi espada vencedora,
con la ayuda de Dios. Pero hasta ahora
el cielo avaro no me dió, alma mía,
más que la luz, la tierra, el agua, el viento,
la perdurable ley que a todos rige.
El Duque o yo. Acabe este tormento.
Cásate o sigue mi camino. Elige.

DOÑA SOL. ¿Seguirte?

HERNANI. Entre mis rudos compañeros,
hombres de hierro que no admiten yugo,
proscriptos como yo, libres y fieros,
cuyos nombres conoce ya el verdugo,
ansiosos todos de morir luchando
con la sangrienta estrella de mi suerte,
vendrás tú a ser la reina de mi bando,
lo único que mi amor puede ofrecerte.
Todo en Castilla al sucumbir mi padre
me perseguía. Errante e intranquilo,
a las montañas demandé un asilo,
y Aragón me acogió como una madre.
He crecido en sus ásperas vertientes,
y al oír esta bocina, en son de guerra
a morir a mi lado, de esa sierra
acudirán tres mil de mis valientes.
Mis palabras no olviden tus oídos;
seguir mis huellas y sufrir mis males
a través de esos montes y arenales,
entre hombres a demonios parecidos.
De todo recelar. De las miradas,
de la voz, de los pasos, de uno mismo...
Oír silbar el mosquete en las quebradas,
quitando vidas y sembrando muerte,
subir conmigo, si preciso fuera,
del trágico cadalso la escalera.
Reflexiónalo bien; esa es tu suerte.

DOÑA SOL. Te sigo.

HERNANI. El Duque es rico, noble, honrado,
nada empaña el blasón de sus mayores,
y con su mano brinda a tu cuidado
sus títulos, riquezas y esplendores.

DOÑA SOL. Partiremos mañana, Hernani mío.
Nunca mi amor que te abandone esperes.
Eres mi ángel, mi demonio eres;
a tus pies se esclaviza mi albedrío.
Quisiera contemplarte eternamente;
cuando tu paso trémulo se aleja,
mi pobre corazón de latir deja;
de mí misma, sin ti, me siento ausente.

HERNANI. Mi esperanza, mi amor, mi Sol.

DOÑA SOL. Mañana
a media noche trae tu gente; espera
con los tuyos al pie de la ventana,
y a tu señal acudiré ligera.

HERNANI. ¿Sabes quién soy?

DOÑA SOL. Partir contigo quiero.

HERNANI. Pues si has de acompañarme en mi camino
debes saber el nombre y el destino
que oculta este disfraz de bandolero.

DON CARLOS. *(Abriendo el armario.)*
Decidme, ¿de vuestra historia
cuándo acabará el relato?
¿creéis holgado aposento
para una noche un armario?

HERNANI. ¿Quién es ese hombre?

DOÑA SOL. ¡Socorro!
¡Cielos!

HERNANI. Doña Sol, callaos.
Suceda lo que suceda,
mientras yo esté a vuestro lado,
no tenéis que reclamar
más defensa que mi brazo.
¿Qué hacías?

DON CARLOS. ¿Yo? Cabalgaba.

HERNANI. El que después de afrentarnos
se burla también, se expone
a dar que reír al diablo
de su heredero. ¿Lo oís?

DON CARLOS. Señor mío, hablemos claro.
Vos amáis a Doña Sol,
y por la noche, embozado,
venís en el claro espejo
de sus ojos, a miraros.

Está muy bien, caballero.
Pero yo también la amo,
y deseo conocer
a aquel a quien he mirado
subir por esa ventana
tantas veces a este cuarto,
mientras yo estaba en la calle.

HERNANI. Por mi honor, que he de obligaros
a salir por donde entré.

DON CARLOS. Amigo, tranquilizaos.
Ahora yo mi amor ofrezco
a la dama; compartamos.
He visto en su bella alma
tanta ternura, que alcanzo
que hay para dos. Esta noche,
pues nada intento ocultaros,
quise, enamorado y ciego,
mi empeño llevar a cabo,
cuando, por vos sorprendido,
escondime en este armario;
mas no se oía, y me ahogaba,
y estaba, además, echando
a perder mi rico traje
a la francesa. Cansado
salí, y aquí me tenéis:
Vuestras órdenes aguardo.

HERNANI. Mi daga tampoco está
a gusto y anda rabiando
por salir.

DON CARLOS. Como queráis.

DOÑA SOL. ¡Hernani, por Dios!

DON CARLOS. Calmaos
mi señora.

HERNANI. En guardia, en guardia.

DON CARLOS. Caballero, en guardia estamos.

HERNANI. Vuestro nombre.

DON CARLOS. Dadme el vuestro.

HERNANI. ¡Secreto fatal! Lo guardo
para otro, que algún día
lo ha de escuchar con espanto
a mis pies, mientras la daga
hunda en su pecho mi mano.

DON CARLOS. ¿Quién es ese otro?

HERNANI. A vos
eso qué importa. Callaos
y defendeos.
(Llaman a la puerta.)

DOÑA SOL. Dios mío,
a la puerta están llamando.

HERNANI. *(A Doña Josefa, que entra.)*
¿Quién llama así?

D.ª JOSEFA. Virgen Santa
de las Angustias ¡qué escándalo!
¡El Duque está de regreso!

DOÑA SOL. ¡Ay, qué desdicha!

D.ª JOSEFA. ¡Qué espanto!
¡Jesús!... El desconocido...
las espadas en la mano...
se están batiendo.

HERNANI. ¿Qué hacemos?

DON RUY. *(Dentro.)*
Sol, abre esa puerta.

D.ª JOSEFA. ¿La abro?

HERNANI. No abráis.

D.ª JOSEFA. Santiago, el Apóstol,
nos saque bien de este paso.

HERNANI. Ocultémonos aquí.

DON CARLOS. ¿Ahí dentro? No.

HERNANI. Pues huyamos
por allá.
(Señala la puerta secreta.)

DON CARLOS. Vos. Yo me quedo
en esta alcoba.

HERNANI. Bien caro
pagaréis esta jugada.

DON CARLOS. *(A Doña Josefa.)*
Abrid la puerta. Os lo mando.
(Abre la puerta y entra Don Ruy y séquito.)

ESCENA TERCERA

DON RUY y los antedichos.

DON RUY. ¡Dos hombres a estas horas en la alcoba
de Doña Sol! ¡Llegad todos a verlo!
Decid, sobrina, por San Juan de Avila,
¿qué hacen aquí estos bravos caballeros?
En los tiempos del Cid iban los nobles
por tierra de Castilla protegiendo
a la mujer, honrando a los ancianos.
Varones fuertes que tenían por menos
pesado el hierro de las duras armas
que vosotros el rico terciopelo.

¿Qué habéis venido a hacer en esta casa?
¿Venís el nombre a escarnecer de un viejo
soldado de Granada? ¡Por mi vida
que yo sabré obligaros al respeto!
A vosotros que, ocultos en las sombras,
de los hogares profanáis el templo,
Rodrigo de Vivar os cruzaría
el rostro con la vaina de su acero.

HERNANI. ¡Señor Duque!

DON RUY. ¡Callad! Callad, lo mando.

HERNANI. ¡Señor Duque!...

DON RUY. ¡Seguidme! ¡Yo os lo ordeno

DOÑA SOL. ¡Señor!...

DON RUY. Mis armas, mi puñal, mi espada.
Salid conmigo a combatir... ¡Yo os reto!

DON CARLOS. *(Desembozándose.)*
Sosegaos, primo Silva,
que de otra cosa se trata.
Ha muerto Maximiliano,
Emperador de Alemania.

DON RUY. Os burláis. ¡Oh, cielo santo,
el rey!

DOÑA SOL. ¿Cómo?

HERNANI. ¡El rey de España!

DON CARLOS. Carlos primero. Mi abuelo
el Emperador, acaba
de fallecer según supe
esta noche. Sin tardanza
aquí he venido de incógnito
a anunciarte tal desgracia,
y a pedirte, primo Silva,
que en ella me aconsejaras.
Ya ves que no es para tanto
asombro.

DON RUY. Como tardaban
tanto en abrir esa puerta...

DON CARLOS. Mucha gente te acompaña.
Cuando un secreto de estado
tu buen consejo reclama,
no era cosa de pedírselo
a todos los de tu casa.

DON RUY. Perdonad, señor.

DON CARLOS. Te hice
gobernador de la plaza
de Figueras, mas ahora
¿a quién, Duque de Pastrana,
haré tu gobernador?

N RUY. Señor, perdonadme.
N CARLOS. Basta.
No hablemos más. Como dije,
mi abuelo ha muerto.
N RUY. Oh, desgracia.
¿Y quién ha de sucederle?
N CARLOS. Entre los que aspiran se hallan
Federico de Sajonia
y el rey Francisco de Francia.
N RUY. ¿Y dónde van a reunirse
los electores?
N CARLOS. Se habla
de Aquisgrán, Francfort y Spira.
N RUY. ¿Y nuestro joven monarca
no ha pensado en el Imperio?
N CARLOS. Siempre.
N RUY. Pues a nadie el Aguila
corresponde si no a vos,
que sois nieto del que acaba
de morir.
ON CARLOS. Y ciudadano
de Gante.
ON RUY. De ver se holgara
el ilustre Emperador,
vuestra frente coronada.
ON CARLOS. Vacante el Imperio, tiene
en él puestas sus miradas
el rey Francisco. Y, acaso,
¿no es pingüe herencia su patria
cristianísima? Al rey Luis
le dijo en cierta jornada
el Emperador, mi abuelo,
Maximiliano de Austria:
«Si yo tuviera dos hijos,
y a ser Dios padre alcanzara,
haría Dios al primero,
y al segundo rey de Francia.»
¿Crees tú que Francisco pueda
tener alguna esperanza?
ON RUY. El es un rey victorioso.
ON CARLOS. Mas que todo se trocara
fuera preciso. La Bula
de Oro a la Dieta manda
no elegir un extranjero.
ON RUY. Mas las últimas campañas

han ensalzado a Francisco
grandemente.

DON CARLOS. Duque, el Aguila
que a nacer va en mi cimera
puede desplegar sus alas
también triunfantes.

DON RUY. ¿Habláis
latín?

DON CARLOS. Poco y mal.

DON RUY. ¡Es lástima!
De que le hablen latín gustan
los señores de Alemania.

DON CARLOS. Pues habrán de contentarse
con esta lengua de España.
Y creedme, a fe de Carlos,
cuando la voz suena alta
poco importa, primo Silva,
la lengua con que se habla.
Agora voy a Flandes, Duque;
he de anticiparme.

DON RUY. ¿En marcha
sin dejar limpio Aragón
de esas forajidas bandas,
que al abrigo de sus montes
la altiva frente levantan?

DON CARLOS. Ya ordené al Duque de Arcos
que con ellos acabara.

DON RUY. ¿Pero disteis también orden
al capitán que las manda
de dejarse exterminar?

DON CARLOS. ¿Sabes tú cómo se llama?

DON RUY. Lo ignoro, señor. Mas dicen
que es el valor y la audacia.

DON CARLOS. Pues que ya es tarde, esta noche,
primo, me hospedo en tu casa.

DON RUY. ¡Qué honor! Venid y honrad todos
a mi huésped, el monarca.

DOÑA SOL. *(Aparte, a Hernani.)*
Bajo mis rejas, a media
noche, darás tres palmadas.

HERNANI. *(Aparte, a Doña Sol.)*
Mañana.

DON CARLOS. *(Aparte, al oírlo.)*
Mañana...

HERNANI. *(Aparte, a Doña Sol.)*
Bien.

DON CARLOS. Permitidme, hermosa dama,

que, para salir, os de
mi brazo.
(Aparte, por Hernani.)
(¡Qué hosca mirada!)

HERNANI. (¡Quieto, puñal!)

DON CARLOS. Vamos.

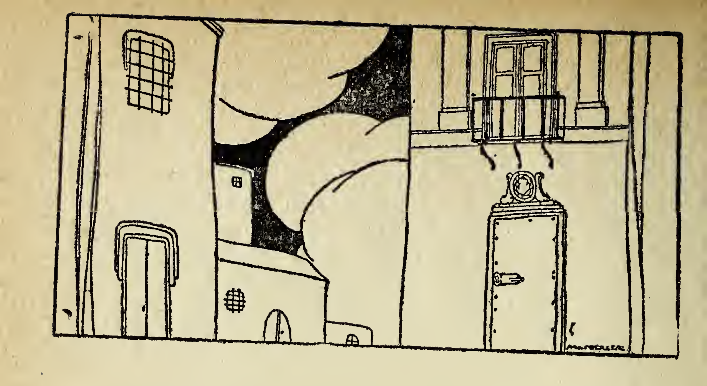
DON RUY. *(Por Hernani.)* ¿Y ése?

DON CARLOS. Es de mi séquito y marcha.

(Al bajar el telón, el Rey, llevando de la mano a Doña Sol, Don Ruy y los criados se van por las laterales hacia el interior del castillo. Hernani queda un momento en la puerta del fondo y al fin parte.)

TELÓN





ACTO SEGUNDO

EL BANDIDO.—ZARAGOZA

Un patio del Palacio de Silva. A la izquierda, grandes muros con una ventana con balcón. Debajo de la ventana. una puerta pequeña. A la derecha y al fondo casas y calles. Noche. En las fachadas algunas ventanas iluminadas.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS, DON SANCHO, DON MATÍAS y DON RICARDO. Llegan los cuatro siguiendo a DON CARLOS, con los sombreros gachos y embozados en sendas capas, que dejan ver por debajo las puntas de las espadas.

DON CARLOS. *(Examinando el balcón.)*
Esta es la casa... La luz
en el balcón aun no brilla.
En todas partes ya están
las ventanas encendidas,
menos aquí.

DON SANCHO. Señor, ¿cómo
le dejasteis ir con vida?
Acaso fuese el rebelde
capitán de esas gavillas.

DON CARLOS. No sé. Mas nunca vi testa
coronada más altiva.

DON SANCHO. ¿Y se llama?

DON CARLOS. Hernán, Muñoz...
No, un nombre que en i termina.

DON SANCHO. ¿Hernani, tal vez?
DON CARLOS. Hernani.
DON MATÍAS. El jefe de la partida.
DON SANCHO. ¿Y no recordáis, señor,
lo que hablaban?
DON CARLOS. No se oía
nada en aquella covacha.
(Sin dejar de mirar a la ventana.)
DON SANCHO. ¿Cómo dejarlo ir con vida,
teniéndolo en vuestras manos?
DON CARLOS. *(Mirándole fijamente.)*
¿Me interrogáis? ¡Qué osadía!
(Los señores retroceden y callan.)
Conde Monterrey, a tanto
decir ¿quién os autoriza?
Además, no me importaba.
Yo tras de su dama iba,
no tras él. Enamorado
estoy. ¡Qué negras pupilas!
Dos antorchas, dos espejos...
Yo sólo oí que decían:
«Hasta mañana.» Y ahora,
mientras huye a la justicia,
yo me adelanto y le robo
la paloma...
DON RICAR. ¿No sería
un doble golpe matar
a un tiempo al milano?
DON CARLOS. Viva
tenéis vos la mano, Conde.
DON RICAR. *(Inclinándose.)*
¿Con qué título se digna
Su Majestad que sea Conde?
DON SANCHO. Fué equivocación...
(A Don Carlos.) Prosiga.
DON RICAR. *(Insistiendo.)*
El Rey, Conde me ha llamado.
DON CARLOS. Ya que cayó, daros prisa
en recoger ese título.
(El Rey va a pasearse al fondo mirando con impaciencia las ventanas iluminadas. Los otros hablan entre sí en el proscenio.)
DON SANCHO. *(A Don Matías.)*
¡Buen título, Don Matías!
DON MATÍAS. *(A Don Sancho.)*
Conde de equivocación...
¡el más noble de Castilla!

DON CARLOS. *(Mirando con cólera a las ventanas iluminadas.)*
Esas ventanas parecen
celosos ojos que expían.
Ahora se obscurecen dos...
¡Ay, que lento se desliza
el tiempo para el que espera
con impaciencia! ¡Maldita
(Mirando a la ventana de Doña Sol.)
vidriera, cuándo, cuándo
iluminarás mi dicha!
¡Oh, Doña Sol, venid pronto
a dar luces y a dar vida
a esta noche!... Ya la hora
de la cita se aproxima...
El otro puede llegar.
(La ventana de Doña Sol se ilumina.)
La ventana se ilumina.
(A los señores.)
A través de los cristales
mirad su sombra indecisa.
Hay que dar las tres palmadas.
Acaso recelaría
si os viera aquí. Ocultaos
en la calleja vecina,
y guardarme las espaldas.
Compartamos las primicias
de este amor. A mí, la dama;
para vosotros, la rica
recompensa del bandido.

DON RICAR. Gracias.

DON CARLOS. Si acá se encamina,
dadle vos una estocada,
y mientras él de la herida
se recobra, yo a la bella
me llevaré... Daos prisa.
¡Mas cuidado con quitar
a ese valiente la vida!
(Los señores se inclinan y salen. Don Carlos da las tres palmadas.)

ESCENA SEGUNDA

DOÑA SOL y DON CARLOS.

(Doña Sol, al oír la última palmada, se asoma al balcón, vestida de blanco.)

DOÑA SOL. Hernani, bajo veloz.

DON CARLOS. (Callemos.)
(Repite la señal.)

DOÑA SOL. Bajo al momento.
(Cierra la ventana y luego abre la puerta pequeña, apareciendo con una lamparilla en la mano y el manto al hombro. Don Carlos se cala el sombrero y se acerca precipitadamente.)
Su paso no es el que siento...

DON CARLOS. ¡Doña Sol!

DOÑA SOL. *(Dejando caer la lamparilla.)*
Ni esa su voz.
(Quiere huir y Don Carlos la coge por un brazo.)
¡Cielos! ¡No hay desdicha igual!

DON CARLOS. ¿Qué voz quieres más constante
cuando es la voz de un amante,
y de un amante real?
De generoso me alabo...
Pide... Al que niegas amor,
si es como Rey tu señor,
es como Carlos tu esclavo.

DOÑA SOL. *(Pugnando por desasirse.)*
¡El Rey!

DON CARLOS. No tiembles así.
El que a tu encuentro ha salido
es el Rey, no es un bandido...

DOÑA SOL. *(Suplicante.)*
¡Tened compasión de mí!
(Don Carlos la suelta. Ella, entonces, violentamente.)
¿Esto es lo que os dará fama?
No os avergüenza el pensar...
¡Venir de noche a robar,
en las sombras, una dama!
¡Vale más, sí, mi bandido!
¡Si a altura del corazón
hubiesen su condición
los mortales recibido,
y si concediera Dios
al alma la jerarquía,

mi bandido rey sería,
y el bandido fuerais vos!

DON CARLOS. ¡Señora!

DOÑA SOL. *(Retrocediendo algunos pasos.)*
No recordáis
que mi padre Conde fué
y murió por vos.

DON CARLOS. Te haré
Duquesa...

DOÑA SOL. Me avergonzáis.
Callad... De mi honor celosa
ya mi sangre se subleva.
¡Soy mucho para manceba
y muy poco para esposa!

DON CARLOS. ¡Princesa!...

DOÑA SOL. ¡Jamás! Don Carlos,
id con vuestros amoríos
a damas de menos bríos,
que ellas podrán aceptarlos.

DON CARLOS. Seguidme... yo os aseguro
que compartiréis mi trono.
Seréis reina, yo os lo abono;
emperatriz, yo lo juro.

DOÑA SOL. Yo con Hernani prefiero
vivir proscripta y errante,
entregada a su inconstante
fortuna, sin derrotero
y sin ley; morir de horror
en el más negro abandono,
a las grandezas del trono
del Rey o el Emperador.

DON CARLOS. *(Asiéndola con violencia.)*
Pues bien, aunque no me améis
vendréis conmigo. Es la suerte.
Mi mano es mucho más fuerte
que vuestras manos. Vendréis...
La lucha ya está empeñada,
¡yo lo quiero! Vendréis hoy...
¡Ahora veremos si soy
Rey de España para nada!

DOÑA SOL. *(Forcejeando.)*
¡Ay, Don Carlos, por piedad!
Sois Rey, y tenéis duquesas,
y marquesas, y condesas
que elegir a voluntad!
Tenéis un imperio fiel
donde nunca el sol se hundió,

¿y queréis quitarle a él
lo único que tiene... yo?
(Cae de rodillas.)

DON CARLOS. No te escucho. Si leal
pagas este amor sincero,
elige un reino...

DOÑA SOL. No quiero
más de vos, que este puñal.
(Se lo arranca del cinto, y el Rey la suelta y retrocede.)
A ver si ahora os atrevéis
a venir.

DON CARLOS. *(Contemplándola.)*
¡Qué bella está!
¡No extraño, Doña Sol, ya,
que a un rebelde, a Hernani améis!
(Va a dar un paso. Doña Sol alza el puñal.)

DOÑA SOL. Un paso hacia mí y os mato
y muero...
(El Rey retrocede. Doña Sol grita.)
¡Hernani!

DON CARLOS. ¡Callad!

DOÑA SOL. Un paso más y delato
vuestra traición...

DON CARLOS. Mi bondad
llegó al límite. Ninguno
os salva. Para venceros
me siguen tres caballeros.

HERNANI. *(Surgiendo a su espalda.)*
Habéis olvidado uno.
(Vuélvese el Rey y ve a Hernani con los brazos cruzados bajo su larga capa y con el ala del sombrero levantada. Doña Sol da un grito y corre a abrazarle.)

ESCENA TERCERA

DON CARLOS, DOÑA SOL y HERNANI.

HERNANI. Los cielos me son testigos
de que de buen grado habría
ido a buscarte otro día.

DON CARLOS. ¿Qué se hicieron mis amigos
que aquí os dejaron llegar?

HERNANI. Están de mi gente en mano,
y son pocos... ¡Es en vano
su presencia reclamar!

¡Aquí os encuentro esta noche
a robarme decidido
mi dama!

DON CARLOS. Señor bandido,
de vos a mí no hay reproche.

HERNANI. ¿Os escudáis en la ley
que hace inmune la realeza?
¡Es más alta mi fiereza
que vuestro orgullo de Rey!
No abriguéis una esperanza...
¡A mi padre condenó
el vuestro... y juré yo
en su hijo la venganza!
Y ahora intentáis, ¡vive Dios!,
también mi dama robar...
¿Cómo podéis esperar
que tenga piedad de vos?
Aquí sólo os encontráis...
Os tengo ya en mi poder...
¿Qué es lo que pensáis hacer?

DON CARLOS. *(Con altivez.)*
¿Qué es eso? ¿Me interrogáis?

HERNANI. *(Sacando la espada.)*
Defiéndete.

DON CARLOS. Yo mi acero
no cruzo con un bandido.

HERNANI. Anoche...

DON CARLOS. Anoche no he sido
yo el Rey, ni tú el bandolero.

HERNANI. ¡Defiéndete!

DON CARLOS. ¿Yo? Jamás.
Asesina, esa es tu ley...
¡El alto honor no tendrás
de batirte con tu Rey!
(Hernani retrocede. Don Carlos le mira con ojos de águila.)
Pensáis, canallas, que vamos
a daros por caballeros
cruzando nuestros aceros...
¿Batirnos? Nunca... ¡os ahorcamos!

HERNANI. *(Sombrío.)*
Defiéndete... Terminemos.

DON CARLOS. *(Altivo, mostrando el pecho.)*
Asesíname, concluye.

HERNANI. ¿No os batís?

DON CARLOS. No.
(Hernani vacila al herir. De repente quie-

bra la espada contra el suelo y se vuelve al Rey.)

HERNANI. ¡Vete! ¡Huye!
Mejor encuentro tendremos.

DON CARLOS. Está bien. Pero al llegar
a palacio, con presteza,
de nuevo vuestra cabeza
he de mandar pregonar.
Emperador voy a ser,
y del Imperio os proscribo.

HERNANI. ¡Proscripto hace tiempo vivo!
y aunque ante vuestro poder
toda la tierra sucumba,
y sea entero vuestro el mundo,
para este rencor profundo
aun me quedará la tumba!

DON CARLOS. Clemencia no esperes.

HERNANI. No.

(El Rey va a salir. Hernani se quita la capa y se la echa sobre los hombros. El Rey se envuelve en ella.)

Mas de esta capa escudaros,
porque pudiera mataros
alguien que no fuera yo.

(El Rey se va.)

ESCENA CUARTA

DOÑA SOL y HERNANI.

DOÑA SOL. Ahora, huyamos, Hernani, sin tardanza.

HERNANI. ¿Estás resuelta a compartir mi suerte?

DOÑA SOL. ¡Te seguirá mi amor hasta la muerte!

HERNANI. ¡Ya no puedo abrigar ni esa esperanza!
La venganza del Rey es dura y terca
y va a triunfar. La hora está perdida.
¡Para ligar tu vida con mi vida,
está el cadalso demasiado cerca!
Inútilmente resistir pensamos...
Por haberle mirado cara a cara
el Rey a castigarme se prepara.
No hay salvación.

DOÑA SOL. Pues bien, juntos huyamos.
Partamos pronto.

HERNANI. ¡No! Pasó la hora.
¡Cuando mi amor premiaste, vida mía,
yo te pude ofrecer lo que tenía,

lo que la suerte me dejó traidora!
Mi negro pan de proscripción odioso,
mis montañas, mis armas, mis torrentes,
los campos donde impero con mis gentes
y la cama de musgo en que reposo...
Deja que hoy solo en mi camino triste
ascienda del suplicio la escalera...
Ofrecerte el cadalso un crimen fuera.

DOÑA SOL. Recuerda que también me lo ofreciste.

HERNANI. *(Cayendo de rodillas.)*
¡Unica flor que me brindó la suerte!
En este dulce instante, cuando acaso,
se aproxima el fantasma de la muerte,
con invisible y silencioso paso,
yo bendigo tu amor y tu ternura,
el beso de tus labios, la mirada
de tus ojos que ahuyenta mi amargura
y baña en luz mi frente condenada!

DOÑA SOL. ¡Mi vida! ¡Hernani!

HERNANI. *(Levantándose.)*
Dudo de mí mismo
y hasta bendigo la contraria suerte
que colocó en la hora de mi muerte
esta flor pura al borde del abismo.

DOÑA SOL. Déjame que te siga...

HERNANI. No; sería
una infamia arrancar esa flor casta
al rodar al sepulcro, vida mía.
Ya he respirado su perfume. ¡Basta!
Acaben de una vez estos tormentos.
Sé de Ruy Silva la feliz esposa...
Te devuelvo, mi bien, tus juramentos.
(La abraza.)
Vuelve a la sombra... Olvida... Sé dichosa

DOÑA SOL. *(Con desesperación.)*
¿Me abandonas?

HERNANI. *(Volviendo.)*
¡No! Calma tus enojos.
Me quedo. Lo demás son desvaríos.
Siéntate aquí. Las luces de tus ojos
(Doña Sol se sienta en un banco de piedr Hernani a sus pies.)
inunda de caricias a los míos.
Cántame algún cantar de los que oía
antes, cuando a tu lado me sentaba
mientras sediento el labio se bebía
el llanto que tus ojos empañaba.

Olvida de la suerte la condena.
¿Quién habla de rencores y amargura?
Bebamos... Nuestra copa aun está llena.
Esta hora es nuestra y lo demás locura...
¿No es verdad que es hermoso idolatrarse
amar y enloquecer puestos de hinojos,
y ser dos y estar solos y mirarse
hasta el alma en el fondo de los ojos?
Deja que olvide mis desdichas todas.
(Tañido de campanas.)

ÑA SOL. *(Levantándose asustada.)*
¿Oye? Suena a rebato.

RNANI. *(Aun a sus pies.)*
No, alma mía...
¡Es que están repicando a nuestras bodas!
(Arrecia el campaneo. Gritos confusos. Antorchas en las calles, luces en las ventanas.)

ÑA SOL. Sálvate y sálvame. ¡Oh, bien te lo decía!
¡Se incendia la ciudad!

RNANI. *(Reclinándose en el banco.)*
Así tendremos
bodas con luminarias.

ÑA SOL. *(Se oyen choques de espadas.)*
¡Ay, me espanta
ese rumor de muerte!

ERNANI. *(Reteniéndola.)*
No; ven, canta...
Siéntate junto a mí, sigue... Soñemos...

ONTAÑÉS. *(Corriendo, espada en mano.)*
Señor, señor, esbirros y soldados
la plaza han invadido... ¡Alerta! ¡Alerta!

OÑA SOL. Huyamos por allá, por esa puerta.
(Señala la secreta.)

ERNANI. *(Levantándose.)*
¿Mis amigos dejar abandonados?
¡No!

ONTAÑÉS. ¡Socorro!

OÑA SOL. *(Sujetando a Hernani.)*
Mi amor, detente...

ERNANI. *(Al montañés.)*
¡Espera!

OÑA SOL. *(Abrazándole.)*
¡Adiós, mi bien, adiós!

ERNANI. *(Al montañés.)*
¡Dame tu espada!
(Crece el tumulto. Hernani coge la espada.)

OC. FUERA. ¡Muera el bandido!

DOÑA SOL. *(Corriendo hacia él.)*
¡Hernani!

VOCES. ¡Muera, muera!
(Doña Sol le detiene por los brazos.)

HERNANI. ¿Abandonar mis gentes? No, no quiero.
Vuelo a morir tal vez.

DOÑA SOL. *(Desesperada.)*
En Dios confío.
No te vayas...
(Hernani la tiene abrazada.)

HERNANI. Un beso...

DOÑA SOL. Sí.
(Hernani la besa en la frente.)

HERNANI. El primero...

DOÑA SOL. ¡Y el último quizás, esposo mío!
(Parte Hernani y Doña Sol cae sobre un banco.)

TELÓN.





ACTO TERCERO

EL ANCIANO

El castillo de Silva en las montañas de Aragón. Sala decorada con retratos de preciosas molduras. Entre ellos panoplias de diversos siglos. Al fondo, una alta puerta gótica.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SOL, de pie junto a la mesa. DON RUY, sentado en el alto sitial de roble.

DON RUY. Se aproxima el momento. Llegó el día... Una [hora
y serás mi duquesa... Podrán ya darte un [beso
los temblorosos labios del alma que te adora.
Más, di ¿me perdonaste? Sin razón, lo con- [fieso,
avergoncé tu rostro y enrojecí tu frente
ante aquellos galanes de tan gentil presencia.
Mi inquietud me hizo injusto y torpe... [Ciertamente
mis ojos no debieron creer en la apariencia.
Mis disculpas, al fallo de tu piedad las dejo.
¡El alma, cuando anhela, se vuelve tan avara,
y es tan ciego y celoso el corazón de un [viejo!

DOÑA SOL. ¡Olvidad esa escena! Jamás os la eché en cara.

DON RUY. *(La contempla un instante.)*
A veces, cuando cruzo las largas avenidas
de mi jardín, a solas, soñando en tus amores,
y escucho que se alejan las canciones per-
[didas
que en las verdes montañas entonan los
[pastores,
me digo: «Yo daría mis muros almenados,
mis corceles, mis armas, mis joyas y mi
[corte,
mis palacios ducales, mis siervos, mis sol-
[dados,
por sus cabañas nuevas y su arrogante por-
[te.»
Porque son ondulosos y negros sus cabellos,
porque sus ojos brillan cual tu pupila aman-
[te...
porque de mí pudieras decir, como de ellos,
cuando pasar me vieses: ¡Qué mozo! ¡Qué
[arrogante!
Mas desprecia a esos jóvenes. Si aman a una
[doncella
sólo saben mentirle con gárrulo lenguaje...
Ella por ellos muere, y ellos se ríen de ella.
¡Son pájaros que cambian su amor como el
[plumaje!
Y los viejos, sin alas tan ricas y ligeras,
mientras el alma sufre y el labio tiembla y
[calla,
sentimos con más furia, queremos con más
[veras,
y nuestro amor hirviente es un volcán que
[estalla.

DOÑA SOL. (¡Y Hernani está tan lejos!)

DON RUY. ¡Con ciego desvarío
te amo!... Domar no puedo esta pasión fu-
[nesta.
¡Mírame, Sol!... ¡Estando al lado mío
tendré dentro del pecho mi corazón de fies-
[ta!
¡y cuando el pobre anciano con paso vaci-
[lante
se acerque en su camino al borde de la fosa,
será piadoso y dulce que en su postrer ins-
[tante
sus ojos cierre el beso de una mujer her-
[mosa!

DOÑA SOL. *(Tristemente.)*
¡Oh, juventud, belleza!... La mano de la [muerte
también con su cuchilla siega la vida en flor.

DON RUY. *(Reconviniéndola, cariñosamente.)*
¿Por qué este alegre día que nos brindó la [suerte
entristecer con esas palabras de dolor?
Celebremos las nupcias de nuestro amor sa- [grado...
Se aproxima la hora... Ve y vístete al mo- [mento
con tus más ricas galas y tu mejor tocado.

PAJE. *(Entrando.)*
¡Señor!

DON RUY. ¿Qué pasa?

PAJE. Pide un pobre caminante
asilo en estas torres.

DON RUY. Francas siempre al viajero
tienen sus nobles puertas los grandes en [España.
(Deteniendo al Paje.)
¿Y qué noticias corren de Hernani, el ban- [dolero?

PAJE. ¡Señor, ha muerto el bravo león de la mon- [taña!

DOÑA SOL. (¡Hernani!)

PAJE. La partida el Rey ha destruído,
aunque lidiaron todos con sin igual bra- [vura.
Por Hernani mil carlos de oro han ofrecido.
Pero también que ha muerto luchando se [asegura.
(Sale el Paje.)

DOÑA SOL. (¡Horror, Dios santo!... ¡muerto!)

DON RUY. ¡Al fin! En este día
tendremos dobles fiestas. Será un doble tri- [buto
a la dicha... ¡Ya ha muerto el rebelde, alma [mía!
Pasa a tu cuarto y vístete.

DOÑA SOL. (Me vestiré de luto.)
(Sale.)

DON RUY. *(A los pajes que se asoman a la puerta, precediendo al peregrino.)*
Andad, llevadle pronto sus galas, mi pre- [sente;

ceñid de ricas joyas su cuello alabastr
que parezca una Santa Virgen resplai
[ci
ante la cual de hinojos se postre el p
[gr
*(Abrese la puerta del fondo y aparece l
nani, disfrazado de peregrino. El duqu
levanta y sale a su encuentro. Hernan
detiene en el umbral, entre los pajes qu
acompañan.)*

ESCENA SEGUNDA

RUY GÓMEZ DE SILVA y HERNANI.

HERNANI. ¡Ventura y paz al generoso duque!
DON RUY. ¡Ventura y paz al peregrino! Avanza.
(Hernani se aproxima.)
¿Regresarás de Armilla?
HERNANI. Otro camino
tomé, señor. Allá se peleaba.
DON RUY. ¿Sin duda la partida del proscripto?
HERNANI. Lo ignoro.
DON RUY. ¿Tú no sabes dónde vaga
Hernani, fugitivo?
HERNANI. ¿Qué hombre es ése?
DON RUY. El capitán de esas rebeldes bandas
que impunes y atrevidas desde ha tiem]
nuestras viejas ciudades asolaban.
No conocerle te evitó ser rico...
¡Ya le verás ahorcar si a Madrid marc
Es su cabeza de quien quiera. Vale
mil escudos...
HERNANI. (¡Que vengan a tomarla!)
Yo voy a Zaragoza.
DON RUY. ¿Hiciste voto
a la Virgen? ¡Bendita y alabada
nuestra Señora del Pilar!
(Se descubre.)
HERNANI. Sí, Duque.
DON RUY. ¡Para olvidar sus votos hace falta
no tener corazón! ¡Ella te ampare!
¿Algún otro designio te acompaña?
¿Ver el Pilar es todo lo que quieres?
HERNANI. Todo, señor.
DON RUY. Más, di ¿cómo te llamas?
Yo soy Ruy Silva, ¿y tú?

HERNANI. Yo, señor Duque...

DON RUY. ¿No lo quieres decir? Pues calla, calla
si te place tu nombre. Nadie tiene
derecho a preguntarlo. Esta morada
es tuya ya. En cuanto al nombre... eres
mi huésped y señor, y ése me basta.
El que quiera que fueras yo te acojo
y te entrego las llaves de esta casa,
¡que al mismo Satanás recibiría
si Dios alguna vez me lo enviara!
(Abrese de par en par la puerta del fondo y entra Doña Sol, en traje nupcial, seguida de pajes, criados y dos doncellas que traen sobre un cojín de terciopelo un cofrecito cincelado que dejan sobre una mesa. El cofrecito encierra una corona ducal, brazaletes, sortijas, collares, perlas y diamantes. Hernani, jadeante y azorado, mira con fulgurantes ojos a la novia sin oír más al Duque.)

ESCENA TERCERA

DICHOS. DOÑA SOL, PAJES, CRIADOS y DONCELLAS.

DON RUY. Aquí tienes, peregrino
a mi Virgen del Pilar!
¡Arrodíllate!
(Va a ofrecer la mano a Doña Sol.)
Sobrina,
mi futura, ¿cómo estás
aún sin lucir la corona
ni la sortija nupcial?

HERNANI. ¿Qué oigo, Dios santo? ¿Quién quiere
mil carlos de oro ganar?
(Con voz de trueno.)
¡Yo soy Hernani!
(Todos se vuelven sorprendidos. Hernani desgarra su hábito de peregrino, lo pisotea y queda en su traje ordinario.)

DOÑA SOL. *(Aparte, con júbilo.)*
¡Dios mío,
gracias! Aun vive...

DON RUY. ¡Callad!

HERNANI. ¡Soy Hernani! La cabeza
pregonada aquí está ya.
La ofrezco a todos... ¡Tomadla!

(Al Duque.)
Vale oro para pagar
vuestras bodas.

DON RUY. ¿Estáis loco,
mi huésped?

HERNANI. Yo no soy más
que el proscripto.

DOÑA SOL. *(A los criados.)*
¡No escuchadle!
(A Hernani, al oído.)
¡Oh, cállate, por piedad!

DON RUY. ¡Mil carlos de oro! Tan fuerte
es la suma que en verdad
yo no respondo de todos
mis criados!

HERNANI. Bastará
uno sólo... ¡Delatarme!
¡Entregadme!

DON RUY. No; callad,
que no os cojan la palabra.

HERNANI. Por lo visto, Duque, estás
de bodas! Yo también quiero
hoy mis nupcias celebrar
pomposamente. Mi novia
no es tan bella, pero es más
fiel que la tuya... ¡Es la muerte!
(A los criados.)
Mas ¿ninguno un paso da?
¡Hernani! ¡Los mil escudos!...
(A un paje joven.)
Ven tú, que tú ganarás
esa suma, y así el paje
en señor se tornará.
(A los criados.)
Pero ¿vosotros qué hacéis?
¿Habrá peor suerte? ¡Temblar!

DON RUY. Porque tocando a la tuya
su cabeza arriesgarán.
El huésped Dios nos lo envía,
y aunque ofrecieran al par
de oro, ciudades e imperios,
te defenderé en mi hogar
contra todos, contra el Rey...

(A Doña Sol.)

Mi esposa pronto serás...
¡Vete a tu aposento! Voy

el castillo a asegurar,
a cerrar todas las puertas...
(Sale seguido de sus criados.)

HERNANI. *(Mirando con desesperación su cinto desarmado.)*
¡Ah, que suerte!... ¡Ni un puñal!
(Luego que ha desaparecido el Duque da Doña Sol algunos pasos como para seguir a sus doncellas, después se detiene, y, cuando salen, se vuelve ansiosa hacia Hernani.)

ESCENA CUARTA

HERNANI y DOÑA SOL.

(Contempla Hernani, con mirada fría y como distraída, el cofrecillo nupcial y fulguran sus ojos.)

HERNANI. Mi enhorabuena recibid. Me encanta
(Acercándose al cofrecillo y examinándolo.)
de esas joyas el brillo refulgente:
perlas que adornarán vuestra garganta,
piedras que han de lucir en vuestra frente.
¡Todo es bueno! Joyeles rutilantes,
el anillo nupcial con su turquesa,
la diadema cuajada de diamantes...
¡Tan sólo es falso vuestro amor, Duquesa!
¡Buen regalo!

DOÑA SOL. No has visto todavía...
(Registra ella y saca un puñal.)
Este puñal a un rey fué arrebatado
cuando amante su trono me ofrecía,
¡trono que por tu amor he despreciado!
¡Qué pronto se borró de tu memoria
que sólo tu cariño fué mi orgullo!
¿Cómo podrán riqueza, honor y gloria
llenar un corazón que ha sido tuyo?

HERNANI. *(Cayendo a sus pies.)*
¡Perdóname, mi Sol!... ¡Oh, quien pudiera
ese llanto secar!... Perdona, olvida...
¡Deja, mi bien, que arrodillado muera!
¡Bien valen esas lágrimas mi vida!

DOÑA SOL. ¡Cómo no perdonarte, si te adoro!

HERNANI. ¿Me amas y me perdonas?... Vida mía,
¡mírame bien!... ¡Las lágrimas que lloro
te dicen lo que el labio no podría!
¡Soy indigno de ti! Otra cualquiera

de este loco se hubiera ya cansado
y por cruel y torpe ha tiempo hubiera
mi salvaje cariño despreciado.
Abandona mi amor y sé dichosa.
Quiero solo acabar este camino,
bendiciendo tu mano generosa
que quiso unir tu suerte a mi destino.
¡Que Dios te de la luz y la alegría!
Nada tengo, mi bien; nada ofrecerte
puedo digno de ti.

DOÑA SOL. Será la mía
la suerte tuya, Hernani.

HERNANI. ¡Horrible suerte!
Sé la esposa del Duque. El noble anciano
riqueza al menos te dará y honores...
¿Qué puedo yo brindarte con mi mano?
¡Mi corona de espinas y dolores!
Conmigo va la proscripción, la guerra,
el temor, la amargura, el desconsuelo
de errante caminar sobre la tierra
bajo la eterna maldición del cielo.
Para mí los furiosos vendavales,
la tempestad que incendia el horizonte,
la sed de los desiertos arenales,
las ateridas ráfagas del monte.
Camino sin mesón, lluvia sin techo,
gélido invierno sin hogar ni abrigo,
sueño implacable que no encuentra lecho,
hambre sin pan, tristeza sin amigo;
el torvo brillo del puñal que espera
su víctima en la oculta encrucijada;
el odio humano, el diente de la fiera,
el crimen, la traición y la emboscada.
Sol de sangre por luz, por compañera
la esquelética sombra de la muerte
que acecha silenciosa, y el madero
del caldalso al final. ¡Esa es mi suerte!
No irás conmigo, no, Sol de mi vida.
No arrastrarás mi bárbara cadena.
¿Cómo juntar mi frente maldecida
con esa pura frente de azucena?
Para ti, Doña Sol, los esplendores
del palacio y sus ricos camarines
que reciben por amplios miradores
el aroma y la luz de los jardines.
Las joyas, las literas, los criados;
el seguro esplendor de tu castillo,

sus salas con espejos encantados
y escudos y panoplias de áureo brillo.
Los títulos del Duque y sus caudales
o en el pecho reinar del Rey de España...
A mí me aguardan ya los matorrales,
las fieras y el terror de la montaña.
Yo parto, y mi camino solitario,
que es corto, he de seguir... Sólo me queda
a la cumbre llegar de mi calvario...
Mas, deja que al partir mi labio pueda
besar tu boca y bendecir tu frente...

ÑA SOL. ¡Sin mí no partirás!... Ahora te amo
más que nunca te amé... Tú eternamente
ofreciste ser mío... Hoy te reclamo...
(Se abraza a él, loca.)
Yo adoro a mi león...

ERNANI. El bien supremo
para los dos morir juntos sería.

OÑA SOL. *(Abrazada.)*
Sobre tu noble pecho nada temo.
¡Morir contigo, Hernani, es mi alegría!

ERNANI. *(Reclinándose en su seno.)*
Contigo me tendrás... ¡Dios lo ha ordenado!

OÑA SOL. ¡Apiádate de mí! Que yo te vea
siempre a mi lado ¡así!
(Lo estrecha entre sus brazos.)

ERNANI. ¡Sol, has triunfado!
Dios o el demonio lo han querido... ¡Sea!
(Se contemplan extasiados, sin ver ni oír nada en torno suyo. Entra Don Ruy por el fondo, los ve y se queda como petrificado.)

ESCENA QUINTA

DOÑA SOL, HERNANI y DON RUY GÓMEZ.

ON RUY. ¿Para mi hospitalidad
es éste, traidor, el pago?

OÑA SOL. ¡Cielos! ¡El Duque!

ON RUY. ¿Tan negra
traición merece mi amparo?
Muchos años he vivido,
conocí muchos malvados,
asesinos y traidores,
infieles, ladrones, falsos...
Conocí a Sforza, a Lutero,
a Borgia... pero en mis años

¡ni soñé traición tan vil,
ni monstruo vi tan ingrato!

HERNANI. Señor Duque...

DON RUY. ¡No! ¡Silencio!
(Dirigiéndose a los retratos.)
Vosotros, muertos sagrados,
mayores míos, decidme,
¿visteis tal hazaña acaso?
Perdonadme si en mi cólera
mala consejera llamo
la hospitalidad.

HERNANI. Señor.

DON RUY. ¡Quiere responder, miradlo!
Quiere decir que si hundo
mi acero en su pecho falso,
hará a un Silva lo que a Lara
tiene el escudo manchado...
Quiere decir que es mi huésped
y el vuestro.

HERNANI. No, noble anciano;
no tal... Si hay un pecho fuerte,
si hay un corazón hidalgo,
una frente que serena
se alce a los cielos sagrados
bendita... la tuya es.
Yo tu honor he mancillado.
Es una infamia. Mi sangre
toma de la ofensa en pago.

DOÑA SOL. ¡Oh! Castigadme a mí sola.
Yo soy la culpable.

HERNANI. Anciano,
yo soy el traidor. Mas ella
es pura. De mí vengaos.

DOÑA SOL. Ah, señor, yo soy la causa
de todo... ¡porque le amo!

DON RUY. *(Asombrado.)*
¿Le amáis?
(A Hernani.)
Tiembla pues.
(Se oye una trompeta y voces.)
¿Qué es eso?

PAJE. *(Entrando.)*
Señor, el Rey ha llegado
en persona con un cuerpo
de arqueros. Toca su heraldo.

DOÑA SOL. ¡Gran Dios!... El Rey.

PAJE. Y pregunta

por qué el castillo cerrado
está, y manda abrir.

DON RUY. Abridle.

(Don Ruy va a uno de los retratos, toca un resorte, el cuadro gira y descubre un hueco.)

Entrad aquí y ocultaos.

(A Hernani.)

HERNANI. Vuestra es mi cabeza, Duque;
entregadme y concluyamos.

DON RUY. Entrad.

(Hernani entra, el cuadro vuelve a disimular el escondite.)

DOÑA SOL. *(A Don Ruy.)*
¡Piedad para él!

PAJE. *(Anunciando.)*
El Rey.

DOÑA SOL. ¡Por piedad!

DON RUY. Callaos.

ESCENA SEXTA

DOÑA SOL, DON RUY, DON CARLOS, el CAPITÁN DE LOS ARQUEROS, NOBLES y SOLDADOS.

(Don Ruy se adelanta y se inclina ante el Rey.)

DON CARLOS. Bien parece, primo Silva,
tener las puertas cerradas
cuando a tu castillo vengo.
¿Hay moros en la campaña?
¿Estamos en guerra? ¿Soy
yo Boabdil o Carlos de Austria?
¡contesta!
(Con gran enfado y severidad.)

DON RUY. Señor...

DON CARLOS. ¿Los nobles
quieren volver a sus mañas
antiguas?

DON RUY. *(Irguiéndose.)*
Señor, los Silvas
leales fueron siempre y...

DON CARLOS. ¡Calla!
Sin rodeos. Al proscripto
Hernani tienes en casa
escondido.

DON RUY. Es la verdad.

DON CARLOS. Entrégame sin tardanza
o su cabeza o la tuya.

DON RUY. Seréis satisfecho.

DON CARLOS. Basta.

(Don Ruy toma al Rey de la mano y lo va presentando ante cada retrato.)

DON RUY. Este es el primer Silva, Silvio, el noble
cónsul romano, tronco de mi casa.
(Ante el segundo retrato.)
Don Galcerán de Silva, un Cid, su cuerpo
se guarda en Toro en féretro de plata.
Libró a León del bárbaro tributo
de las doncellas. Ved aquí a Don Arias
que supo desterrarse de la corte
por no dar mal consejo a su monarca.
(Pasa a otro retrato.)
Cristóbal... En el campo de Escalona
tomó el yelmo del Rey, le dió su hacha
y su caballo, y lo salvó. Don Jorge,
(Ante otro retrato.)
dió su fortuna al moro de Granada
en rescate del Rey.

DON CARLOS. Duque, os admiro.
Continuad.

DON RUY. *(Mostrando otro retrato.)*
Ruy Gómez: estas armas
sólo un gigante soportar podía.
Cien banderas tomó, treinta batallas
ganó, y al moro le arrancó Antequera,
Níjar, Motril, Suez, Laujar y Baza,
conquistó para el Rey... y murió pobre.
Alteza saludad.
(Va a otro retrato.)
Gaspar de Zayas
y de Silva. Las casas todas nobles
a la de Silva tocan y se ensalzan.
Manrique nos envidia, Castro teme,
Sandoval odia, y nos respeta Lara.
Tocamos con el pie a todos los duques
y con la frente a todos los monarcas.

DON CARLOS. ¡Pardiez!
(Dando señales de impaciencia.)

DON RUY. *(Sigue mostrando retratos.)*
Este es Don Vasco, el Sabio. Este
Don Jaime Silva, que atajó en Alhama
a Zanut y cien moros...
(El Rey hace un gesto de impaciencia y có-

lera. Don Ruy deja de enseñarle unos cuantos retratos y pasa a los últimos.)

Los mejores
paso, señor.
(Enseñando el antepenúltimo.)
Mi abuelo: el patriarca
que a los setenta años con el moro
murió lidiando por la fe cristiana.
Este es mi padre: grande, aunque el pos- [trero.
Preso el Conde Girón se halló en Granada
y él le dió libertad. Lo había jurado
y cumplió con su vida su palabra.
Era un Gómez de Silva, dice el mundo
para explicar tan ínclitas hazañas.

ON CARLOS. Venga mi prisionero.

ON RUY. *(Ante el último retrato, el suyo, detrás del cual está escondido Hernani.)*
Este retrato
es el mío, señor. Yo os doy las gracias,
pues pretendéis que el último de Silva
reniegue su perínclita prosapia,
y entregue la cabeza de su huésped,
y, traidor a su fe, manche su raza.
(Movimiento de sorpresa en todos. De alegría en Doña Sol. De cólera en el Rey, que, después de callar un momento, ordena colérico.)

ON CARLOS. Duque, a tierra vendrán tus once torres.
Yo sembraré de sal esta morada.

ON RUY. ¡Antes la sal en mi solar talado
que en el escudo de los Silva mancha!
Sombras de mis mayores, ¿bien no digo?

ON CARLOS. Entrégame al rebelde sin tardanza.
Su cabeza...

ON RUY. *(Arrodillándose.)*
O la mía. Tomad ésta.
Bien vale por la suya.

DON CARLOS. *(Con desprecio.)* No. Te engañas.
Entréganos a Hernani.

DON RUY. *(Exaltándose.)* Ofrezco todo
cuanto puedo, señor.

DON CARLOS. *(A los soldados.)* ¡Hola! La casa
se registre!

DON RUY. Es leal este castillo
y, tan fiel como yo, secretos guarda.

DON CARLOS. Cuenta que soy el Rey.

DON RUY. Tomad mi vida.

DON CARLOS. *(A los soldados.)*
Prended al Duque, pues.

DOÑA SOL. *(Rasgando su velo.)* Carlos de Austria
sois un mal Rey. No es español quien tiene
tal corazón.

DON CARLOS. Señora. Vos la causa
(Acercándose a ella y hablándole bajo, aparte.)
de mi cólera sois. A vuestro lado
ángeles o demonios se tornaran
los hombres. Ah, si hubierais vos querido,
yo el león de Castilla me mostrara...
Mas vuestro odio en tigre me convierte.
Sois, sin embargo, vos quien en mí manda
Os obedeceré.
(Volviéndose al Duque, alto.)
Grande es mi afecto,
primo Silva... Aunque infiel a tu monarca
a tu huésped sé fiel. Pero, en rehenes,
me llevo a tu sobrina.

DOÑA SOL. ¡Ah, desdichada!
¿A mí?

DON CARLOS. Sí. A vos.

DON RUY. El corazón me lleva
en lugar de la vida. Señor, lástima
de un viejo...
(Suplicante.)

DON CARLOS. Tu sobrina o el rebelde.
(Al oído de Doña Sol.)
Vuestro tío o Hernani.

DOÑA SOL. ¡Yo antes!

DON CARLOS. Basta.
(Doña Sol va al estuche de las joyas, toma el puñal y lo esconde rápidamente en su pecho.)

DON CARLOS. (¡Gran idea! ¡Ya es mía la paloma!)
¿Qué tomáis de ese cofre?

DOÑA SOL. Señor... nada...

DON CARLOS. ¿Una joya?

DOÑA SOL. Sí.

DON CARLOS. A ver...

DOÑA SOL. Ya la veréis
después.

DON RUY. ¿No tienen aquí entrañas
los hombres? ¡Santo cielo! Derrumbaos
sobre mí, mis murallas.
(De rodillas ante el Rey.)
Dejádmela, tan sólo ella poseo.

ON CARLOS. El prisionero...

(Don Ruy, desesperado, duda un momento y da un paso hacia el sitio donde Hernani está oculto. Pero, al ver los retratos, se detiene y retrocede.)

ON RUY. ¡Oh, Dios, vuestras miradas me detienen.

ON CARLOS. Pues ella.

ON RUY. ¡Señor!

ON CARLOS. ¡Ella!

ON RUY. ¡Llévala y déjame el honor!

ON CARLOS. En marcha.

(Don Carlos da la mano a Doña Sol y salen, seguidos de los nobles y soldados, hablando dos a dos.)

ON RUY. *(Los ve ir y exclama.)*

Sin cuanto adoro, oh Rey, solo me dejas...
¡Más también mi lealtad deja mi alma!

(Permanece un momento abatido. Después, al verse solo, va a una panoplia, descuelga dos espadas, las mide, las deja sobre una mesa y va a abrir el encierro de Hernani.)

ESCENA SEPTIMA

DON RUY y HERNANI.

DON RUY. Sal. Ya partió el soberano.

(Sale Hernani y Don Ruy le presenta las espadas.)

Elige.

HERNANI. No.

DON RUY. ¿Tienes miedo?

HERNANI. Batirme con vos no puedo.

DON RUY. Elige... ¿Tiembla tu mano?
¿No eres noble?... Noble o no,
el que me afrenta medirse
puede conmigo y batirse,
¡por ambos soy noble yo!

HERNANI. Contra mí me habéis salvado,
señor. Os debo la vida...
¿Será mi mano homicida
contra ese pecho sagrado?

DON RUY. Está bien... Pues él lo quiere,
(Dirigiéndose a los retratos.)
juzgadnos ahora a los dos.

(A Hernani.)
Encomienda tu alma a Dios.

HERNANI. Escuchadme.

DON RUY. ¡No! Ora y muere.

HERNANI. Esperad... Hacha o puñal,
espada, daga o cuchillo,
todo para mí es igual...
Mas oidme... En el castillo
está Doña Sol... Yo os ruego
que aquí me la dejéis ver.

DON RUY. ¡Verla!

HERNANI. Sí.

DON RUY. No puede ser.

HERNANI. ¡Oírla... y matadme luego!
Comprendo, señor..., celosa
vuestra cólera estará.
Mas ved, que os lo pido ya
desde el borde de la fosa.

DON RUY. Pero, cielos... ¿tan aislada
está esa cueva terrible
que nada oyó? ¡Es imposible!
¿No habéis escuchado?

HERNANI. Nada.

DON RUY. Entregar fué, ley fatal,
a ella o a ti al soberano.

HERNANI. ¿Al Rey? ¡Estúpido anciano,
el Rey es nuestro rival!

DON RUY. *(Desesperado, dando grandes voces.)*
¿El la ama?... ¡A mí mi gente,
persigamos al raptor!

HERNANI. No... La venganza es mejor
si es cautelosa y prudente.
Escuchadme: vuestro soy.
Si queréis, luego matadme...
Mas yo os lo pido, aceptadme
por amigo desde hoy
hasta vengar esta afrenta.
Sigamos al Rey, por Dios,
luego saldaréis la cuenta
que hay pendiente entre los dos.
Me daréis muerte...

DON RUY. ¿Seguro
como ahora te tendré?

HERNANI. Yo os lo juro.

DON RUY. ¿Sobre qué?

HERNANI. Sobre mi padre os lo juro.
Tomad mi bocina. Y,

cuando mi muerte queráis,
con ella me recordáis
esta palabra que os di.
En tanto, seamos amigos
para la venganza, anciano.

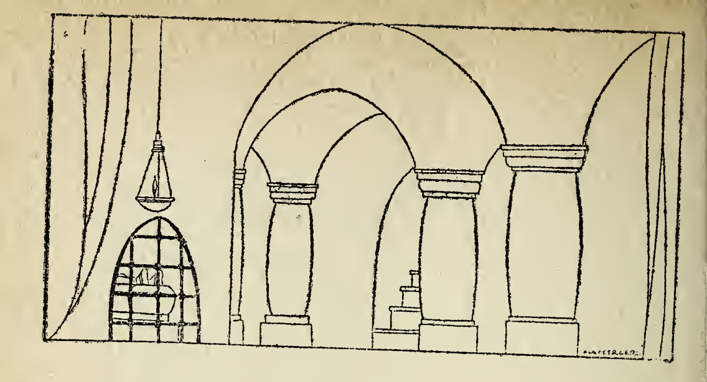
DON RUY. Venga tu mano.

HERNANI. *(Se la da.)* Mi mano.

DON RUY. *(A los retratos.)*
¡Vosotros me sois testigos!
(Vanse los dos.)

TELÓN





ACTO CUARTO

EL SEPULCRO.—AQUISGRAM

El subterráneo que encierra el sepulcro de Carlo-Magno. Grandes bóvedas de arquitectura lombarda. A la derecha el sepulcro, con una puertecita de bronce baja y cimbrada. Una sola lámpara encendida a una clave alumbra la inscripción: Carolus Magnus. Noche. No se ve el fondo del subterráneo, perdiéndose de vista en las arcadas de las escaleras y los pilares.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS y DON RICARDO DE ROJAS, CONDE DE CASAPALMA, con una linterna en la mano.

DON RICAR. *(Sombrero en mano.)*
Aquí es.
DON CARLOS. De los sepulcros
siempre fué la sombra buena
para las conjuraciones.
Bien se afilan en su piedra
los puñales... pero es juego
en el que va la cabeza.
Ah, señores, bien hicisteis
del sepulcro en estar cerca
por si perdéis... ¿Hasta dónde
este subterráneo llega?
DON RICAR. Hasta el fuerte.
DON CARLOS. Sobra espacio.

Repetidme, antes que vengan,
los nombres.

DON RICAR. Gotha.

DON CARLOS. Porque
quiere que el Imperio sea
de un alemán.

DON RICAR. Hohemburgo.

DON CARLOS. Ese por Francisco diera
mil vidas.

DON RICAR. Téllez Girón.

DON CARLOS. *(Indignado.)*
¿Contra su rey?

DON RICAR. En vos venga,
dice, el honor de su esposa.

DON CARLOS. Vénguese de España entera
entonces.

DON RICAR. Guzmán de Lara.
Conspira porque desea
el collar de vuestra orden.

DON CARLOS. ¡Tendrá collar! Otros quedan.

DON RICAR. El Duque de Lutzelburgo,
que maquina...

DON CARLOS. ¡Gran cabeza!

DON RICAR. Vázquez, Obispo de Avila.
Don Juan de Haro.

DON CARLOS. Tarea
dan al verdugo esos Haros
de antiguo... ¿Hay más?

DON RICAR. Solo restan
bandidos asalariados
por Francia y Tréveris.

DON CARLOS. Esas
espadas que el oro inclina
como el viento las veletas.

DON RICAR. Entre ellos vi, sin embargo,
dos tipos de gran presencia.

DON CARLOS. ¿Quiénes son?

DON RICAR. No sé sus nombres:
un anciano de sesenta
años y un mozo de veinte.

DON CARLOS. Pues, para tales empresas,
uno no tiene la edad
y otro ya ha pasado de ella.
En fin, darán al verdugo
quéhacer. La púrpura excelsa
he de coser con el paño

del cadalso, si me aprietan.
Pero... ¿seré Emperador?

DON RICAR. El Colegio delibera
a estas horas...

DON CARLOS. Nombrarán
al Rey Francisco, de necia
presunción... o a Federico
el Sabio, que es de esta tierra.
¡Buenos electores! ¡Gentes
que razones de oro aceptan!
Pequeños príncipes... todos
más pequeños que sus tierras.
Idiotas o libertinos,
¡coronas... pero cabezas...!
Tres votos me faltan, Conde;
por esos tres votos, diera
Gante, Toledo, Sevilla...
para después recogerlas.
¿Lo oyes?
(Don Ricardo se inclina profundamente y se pone el sombrero.)
¿Qué es eso? ¿Os cubrís?

DON RICAR. Su Majestad me tutea...
y ya soy Grande de España.

DON CARLOS. (¡Qué ambicioso de miserias!
Grandes... ¡el Emperador!
¡El Papa!...)

DON RICAR. (Sea o no sea
Emperador yo soy ya
Grande de España.)

DON CARLOS. ¿Qué seña
anunciará a la ciudad
lo que ha elegido la Dieta?

DON RICAR. Federico, un cañonazo.
Dos, si el Rey Francisco fuera.
Tres, Carlos el Rey de España.

DON CARLOS. ¿Falta mucho?

DON RICAR. Una hora apenas.

DON CARLOS. ¡Y esa Doña Sol!... ¡Ah, todo
me irrita y me desespera!
Conde, si por suerte, soy
yo emperador, ve a traerla.
Tal vez su crueldad consiga
rendir... Tal vez quiere un César.

DON RICAR. Bien, señor.

DON CARLOS. Por ahora vamos
a exterminar esta negra

conjuración... El Imperio
veremos después quién lleva.

ON RICAR. Vos, señor.

ON CARLOS. *(Con ironía.)*
Un nigromante
me lo augura con su ciencia
y otro al Rey Francisco. ¡Ah, pobres
poderosos de la tierra!...
Tienen barcos y ciudades,
ejércitos y riquezas,
van a hacer el mundo suyo...
¡pero ante la suerte tiemblan
y preguntan su camino
al primer brujo que encuentran!
Mas vete, que ya es la hora
de que los traidores vengan.
¡Ah! ¿la llave del sepulcro?...

ON RICAR. *(Dándosela.)*
La he conseguido y es ésta.

ON CARLOS. Haz cuanto te dije... ¡todo!

ON RICAR. Descuidad, señor.

ON CARLOS. ¿La seña
son tres cañonazos?

ON RICAR. Tres.

ON CARLOS. Márchate, pues... y está alerta.
(Don Ricardo se inclina y sale. Don Carlos, solo, se abisma en meditación profunda. Después levanta la cabeza y se vuelve hacia el sepulcro.)

ESCENA SEGUNDA

DON CARLOS, solo.

ON CARLOS. Perdona Carlomagno, augusto César.
Debajo destas solitarias bóvedas
sólo austeras palabras a los labios
debieran acudir... ¡Carlos, perdona!
¿El rumor de las bajas ambiciones
osará a la mansión donde reposas?
¡Bajo esa piedra duerme la cabeza
que ha ceñido a su sien mayor corona!
¡Oh, prepotente forjador de un mundo!
Magnífico espectáculo... ¡La Europa
que yo poseer quisiera está lo mismo
que al salir de tus manos creadoras!
¡Dos cumbres en la tierra! ¡Dos señores!
El César y el Pontífice, que Roma

consagra al par: La púrpura, el armiño,
iguales ante Dios... ¡el mundo es tu obra!
(Pausa.)
¡Cuán grande y poderoso fué el que duern
en el estrecho hueco de esa fosa!
César y Pedro, Emperador y Papa,
Roma en el universo triunfadora...
¡Y él fué el gigante de la espada, el fuer
caudillo de la Ley y de la gloria!
Quiero ver su sepulcro y no me atrevo...
y a sus nobles cenizas o a su sombra
preguntar el secreto de los grandes
amos del mundo, y cómo la victoria
se puede conseguir sobre la tierra...
Aunque tu aliento soberano rompa
estas murallas, háblame... Yo quiero
saber por dónde empezaré mi obra.
¿La fuerza es del perdón o del castigo?...
(Se oyen pasos.)
Mas ¿qué es esto? ¿quién llega aquí a est
[horas
(Se acerca el ruido.)
Mis asesinos... Lo olvidaba. César,
dame un asilo en tu mansión marmórea.
(Abre la puerta del sepulcro, que vuelve cerrar tras sí. Aparecen luego algunos co jurados.)

ESCENA TERCERA

Los Conjurados 1.°, 2.° y 3.° y otros varios, entre los que se halla Hernani, Ruy Gómez, el Duque de Gotha, el de Lutzelburgo, Do Juan de Haro, Téllez Girón, etc. Se acercan unos a otros, cai biando algunas palabras en voz baja y dándose las manos.

Conjur. 1.° *(Con una antorcha en la mano.)*
Ad augusta.
Conjur. 2.° *Per augusta.*
Conjur. 1.° Hoy nos ayudan los muertos.
Conjur. 3.° Y los santos nos protegen.
Conjur. 1.° Dios nos guarde, compañeros.
(Entran nuevos conjurados. Ruido de pasos.
¿Quién vive?
Una voz. *Ad augusta.*
Conjur. 3.° *Per*
augusta.
(Entran nuevos conjurados que saludan p señas a los demás.)

ONJUR. 1.° (*Al tercero.*)
Mira aún aquéllos.

NA VOZ. *Ad augusta.*

ONJUR. 1.° Nadie falta.
Ya la sombra espera el fuego.
(*Todos los conjurados se sientan en semicírculo en los sepulcros. El primer conjurado va de uno en otro y todos encienden en su antorcha sendos cirios. Después, el primero va a sentarse en otro sepulcro más alto que todos, en el centro del círculo.*)

OTHA. (*Levantándose.*)
Amigos... Carlos de España
que es por su madre extranjero
aspira al trono imperial.

ONJUR. 1.° ¡Malhaya, amén!

OTHA. (*Arrojando al suelo su antorcha y pisándola.*)
Aplastemos
su frente, cual yo esta antorcha.

ONJUR. 1.° ¡Que muera!

ODOS. ¡Muera!

OTHA. ¡Silencio!

IARO. Su padre era un alemán.

UTZELB. Su madre española.

OTHA. Luego
ni español ni alemán... ¡Muera!

ONJUR. 2.° ¿Y si lo nombra el Colegio
emperador?

ÉLLEZ. Con su muerte
se anula ese nombramiento.

OTHA. Mejor es matarle antes.

ONJUR. 3.° ¡Sí, sí!

TODOS. ¡No obtendrá el Imperio!

CONJUR. 1.° ¿Cuántos brazos?

TODOS. Uno solo.

CONJUR. 1.° ¿Y golpes?

TODOS. Uno y certero.

CONJUR. 1.° ¿Y quién ha de darlo?

TODOS. ¡Yo!

CONJUR. 1.° ¡Echemos suertes!

(*Los conjurados todos escriben sus nombres en sendas hojas que arrollan y depositan en un sepulcro.*)

CONJUR. 1.° Oremos
porque el elegido crea
en Dios cual cristiano viejo,

que hiera como un romano
y muera como un hebreo.
(Saca de la urna uno de los pergaminos

TODOS. ¿Qué nombre?

CONJUR. 1.° Hernani.

HERNANI. ¡He ganado!
¡Ya eres mío!... ¡Cuánto tiempo
esperándote, venganza!

DON RUY. *(Adelantándose y apartando a Hernani.)*
Escucha... Cédeme el puesto.

HERNANI. ¡No, por Dios! No me envidiéis;
este acaso ¡es el primero
feliz de mi vida!

DON RUY. Nada tienes. Yo te ofrezco
las trescientas villas mías,
castillos, torres y siervos.
Por ese golpe te doy
Hernani, cuanto poseo.

HERNANI. No.

GOTHA. *(A Silva.)*
Tu brazo fuera débil.

DON RUY. ¡El alma mía es de hierro!
(A Hernani.)
Piensa que me perteneces.

HERNANI. ¡El es mío!... Yo soy vuestro.

DON RUY. Te entregaré a Doña Sol
y esta prenda.
(La bocina de Hernani.)

HERNANI. *(Dudando.)*
Santo cielo
ella y la vida... Mas... ¡no!
Mi venganza es lo primero.

DON RUY. Ella y la vida.

HERNANI. ¡No!

DON RUY. !Piensa
bien, insensato!

HERNANI. ¡No quiero!

DON RUY. ¡Maldita tu obstinación!

CONJUR. 1.° *(A Hernani.)*
Oye, hermano: fuera bueno
antes de que elegir puedan
a Carlos, buscarlo luego
esta noche.

HERNANI. Sí. No temáis,
yo destas cosas entiendo.

CONJUR. 1.° *(Volviéndose a los demás.)*
Nosotros, si éste perece

sin matar, continuaremos.
Juremos todos a Carlos
herir sin piedad ni duelo.

TODOS. ¡Sí! Juremos.

GOTHA. ¿Sobre qué?

DON RUY. *(Tomando su espada por la punta y levantándola.)*
¡Sobre la cruz de este acero!
(Los conjurados desenvainan y levantan sus espadas. Suena un cañonazo lejano. Todos se detienen en silencio. Entreábrese la puerta del sepulcro y aparece Don Carlos, pálido y presta atento oído. Suena otro cañonazo y luego otro. Abre de par en par la puerta del sepulcro, pero sin dar un paso, de pie e inmóvil en el dintel.)

ESCENA CUARTA

LOS CONJURADOS, DON CARLOS, luego DON RICARDO, el REY DE BOHEMIA, el DUQUE DE BAVIERA, DOÑA SOL, SEÑORES y GUARDIAS.

DON CARLOS. Carlos Quinto os escucha. Paso franco.
(Todas las antorchas se apagan. Profundo silencio. Da un paso en las tinieblas, donde apenas se ven los conjurados, inmóviles y mudos.)
Sólo reinan las sombras y el silencio...
De ellas salió el enjambre y a ellas vuelve.
¿Creéis que esto ha de pasar como en un [sueño,
y que en la obscuridad voy a tomaros
por estatuas yacentes en sus lechos?
Alzad, cobardes, la abatida frente...
Heridme en las tinieblas... ¡Atreveos!
Hace poco alumbraban estas bóvedas
de vuestra antorcha el resplandor siniestro.
¡Para que todas a la par muriesen,
solo ha bastado un soplo de mi aliento!
Si muchas apagué más ahora brillan.
(Da con la lleve en la puerta de bronce del sepulcro y a esta señal el subterráneo se puebla de soldados con antorchas y partesanas. A su frente el Duque de Alcalá.)
¡Mis halcones, llegad! He descubierto
el nido... Tendréis presas...

HERNANI. *(Mirando a los soldados.)*
Antes, solo,

me pareció más grande y tuve miedo...
Lo creí Carlomagno... ¡Es Carlos Quinto!

DON CARLOS. *(Al Duque de Alcalá, señalando a los conjurados.)*
¡Desarmadlos y hacedlos prisioneros!

DON RICAR. *(Inclinándose hasta tocar a la tierra.)*
¡Augusto Emperador!

DON CARLOS. Te nombro Alcaide
de mi palacio.

DON RICAR. *(Volviéndose a inclinar.)*
En nombre del Imperio
un Rey y un Duque a saludaros llegan.

DON CARLOS. Que entren. (¿Y Doña Sol?)

DON RICAR. Vendrá al momento.
(Don Ricardo saluda y sale. Entran con antorchas y músicas el Rey de Bohemia y el Duque de Baviera, ceñidas las coronas. Numeroso cortejo de señores alemanes, con la bandera del Imperio: el águila bicéfala con el escudo de España en el centro. Los soldados forman calle para dejar paso a los electores, que se inclinan profunaamente ante el Emperador.)

D. DE BAV. Carlos, Emperador de los romanos,
máxima Majestad, el mundo es vuestro.
Vuestro es el trono que envidiaran reyes.

R. DE BOHE. El Duque de Sajonia fué primero
elegido, más él corona y globo
en vuestras manos, renunciando, ha puesto.

DON CARLOS. ¡Hermano! ¡Primo! Gracias. En mi nombre
dadlas también al Imperial Colegio.
(Le da a besar la mano y los despide. Salen los electores.)

LA MULTITUD. ¡Viva el Emperador! ¡Viva!
(Sale Doña Sol.)

DOÑA SOL. ¡Soldados!
¡El Rey Emperador! Pero ¿qué veo?
¡Hernani!

HERNANI. ¡Doña Sol!

DON RUY. *(A Hernani, aparte.)*
¡Aun no me ha visto!

DOÑA SOL. *(Corre a Hernani y retrocede ante la mirada que él la dirige.)*
Conservo este puñal.

HERNANI. *(Tendiéndole los brazos.)*
¡Gracias!

DON CARLOS. ¡Silencio!

¿Estáis tranquilos? ¡Levantad la frente!
¡Es preciso que al mundo dé un ejemplo!
Lara de España y Gotha de Sajonia,
hablad todos, señores, yo os lo ordeno.

ERNANI. *(Dando un paso.)*
Estábamos, señor, vuestra sentencia
en esos viejos muros escribiendo.

ON CARLOS. Está bien.

ERNANI. *(A los conjurados.)*
Consiguió cuanto anhelaba.
¡Tiene nuestras cabezas y el Imperio!

ON CARLOS. *(A Ruy Gómez.)*
¿También tú, primo Silva, conspirando?
Arrasaré tus torres... Eres reo
de alta traición.
(Al Duque de Alcalá.)
Prended sólo a los títulos,
los demás...

OÑA SOL. ¡Se salvó! ¡Gracias al cielo!

(Todos los títulos se separan del resto de los conjurados entre los cuales se queda Hernani. El Duque de Alcalá los cerca de guardias.)

IERNANI. *(Saliendo del grupo y dirigiéndose al Rey.)*
Ya que para morir hay que ser noble,
y Hernani como obscuro bandolero
impune ha de quedar...
(A los nobles.)
¡Yo en vuestras filas
vengo también a reclamar mi puesto!
Soy don Juan de Aragón, Maestre de Aviz,
Marqués de Monreal, Conde de Huétor,
y Duque de Segorbe y de Cardona,
¡hijo de un padre por el tuyo muerto!
Sediento de venganza, entre las piedras
de los torrentes afilé mis hierros.
¡Ya que matarte no logré, a tus manos
monarca de Castilla, a morir vengo!
¡Grandes de España, Silvas, Haros, Laras,
cubrid vuestras cabezas, altaneros!
¡Monarca de Castilla, a estar cubierta
nuestra frente ante ti, tiene derecho!
Verdugos, cortesanos, ¡paso franco
a Don Juan de Aragón!
(Se entra en el grupo de los nobles presos.)

DOÑA SOL. *(Cayendo de rodillas ante el Rey.)*
¡Piedad os ruego!

Es mi amante, mi esposo... ¡por él vivo!
¡Matad, Don Carlos, a los dos a un tiemp[o]
(El Rey queda pensativo. Coge a Doña S[ol]
y la levanta.)

DON CARLOS. Alzad, Duquesa de Segorbe... ¡Alzaos!
(A Hernani.)
Don Juan ¿tus otros títulos?

HERNANI. ¿Qué es esto?
¿El Rey así me habla?

DON CARLOS. No es el Rey,
es el Emperador... Duque, te ofrezco
la mano de tu esposa.
(A Don Ruy que quiere protestar.)
¡Silva, calla!
Tu nobleza no puede tener celos...
¡Un Aragón bien vale lo que un Silva!

DON RUY. (No es mi nobleza la celosa.)

HERNANI. Siento
que el odio expira en mí.
(Tira el puñal.)

DON RUY. (¿Qué hacer, Dios mío!
¡Oh, pasión insufrible, amor funesto!
Les darás compasión... ¡Anciano, sufre,
arde sin llama y muérete en secreto!)

DOÑA SOL. *(Abrazando a Hernani.)*
¡Hernani!

HERNANI. ¡Doña Sol!

DON CARLOS. (Corazón mío,
extingue tus latidos en silencio.
Deja reinar el alma que turbaste...
¡Desde hoy tu sólo amor serán tus pueblos!
¡Es el Emperador igual que el águila,
en vez de corazón tiene en el pecho
un escudo!)
(A Hernani.)
Don Juan, arrodillaos...
(Se arranca el toisón de oro y se lo echa al cuello a Hernani.)
De este collar te nombro caballero...
(Hernani se levanta.)
¡Pero tú tienes un collar más rico,
un hermoso collar que yo no tengo;
brazos de una mujer amada, amante,
que se enlazan febriles a tu cuello!

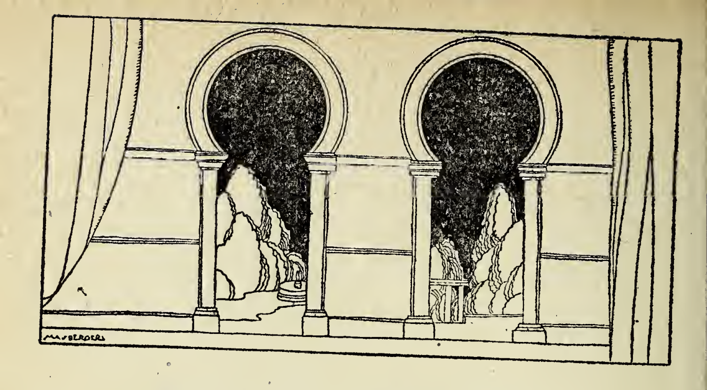
(Da las manos a Don Juan y a Doña Sol.)
¡Sed dichosos!
(A los conjurados.)
Ignoro vuestros nombres...
¡Todo olvidarlo en este instante quiero!
Idos en paz... ¡Perdono vuestro crimen!
¡Dar quiero a los monarcas este ejemplo!
(Los conjurados se arrodillan.)

VOCES. ¡Honor a Carlos Quinto!

DON CARLOS. ¡A Carlomagno!
(A todos.)
¡Partid! ¡Yo solo ante su tumba quedo!

TELÓN





ACTO QUINTO

LAS BODAS

En Zaragoza. Galería del palacio de Aragón. A derecha e izquierda dos puertas. Dos arcadas moriscas dejan ver al fondo los jardines llenos de luces, que van o vienen. Música lejana. Máscaras de dominó, aisladas o en grupos, pasean por el fondo. En el proscenio un grupo de jóvenes con los antifaces en la mano, hablan y ríen ruidosamente.

ESCENA PRIMERA

DON SANCHO, DON MATÍAS, DON RICARDO, DON FRANCISCO y DON GARCÍA.

DON GARCÍA. ¡Viva la novia y la fiesta!
DON MATÍAS. Entera está Zaragoza
asomada a los balcones.
DON GARCÍA. Y hace bien. Nunca vió boda
mejor, novios más gallardos
ni noche tan deliciosa.
DON MATÍAS. Cierto.
DON SANCHO. *(A Don Matías.)*
Marqués. ¿recordáis
el principio de esta historia?
Un Duque, un Rey y un bandido
ponen asedio a una hermosa.
Se da el asalto ¿y quién gana?
¡El bandido!
DON FRANC. ¡Siempre loca
la fortuna!
DON RICAR. Yo testigo

soy de la novela toda.
Siempre con el Rey, haciendo
valer mi lealtad celosa...

DON SANCHO. Y sus distracciones...

DON RICAR. *(Sin oirle.)*
Fuí
Conde, grande... alcaide ahora.

DON SANCHO. *(A Don Matías.)*
El secreto de este noble
es ser del monarca sombra.

DON MATÍAS. ¿Y el viejo Duque?... ¡Estará
contento!

DON SANCHO. Dejaos de broma.
El viejo Duque es un hombre
terrible... Pasión tan loca
por su sobrina sentía,
y es su amargura tan honda,
que más que sesenta años
le ha encanecido una hora.

DON MATÍAS. Dicen que partió...

DON SANCHO. No iba
a estar presente a la boda.

DON FRANC. ¿Y el Emperador?

DON SANCHO. Está
triste... Lutero le enoja,
Francisco le da cuidado.

DON MATÍAS. Y Solimán le hace sombra.

DON GARCÍA. Solimán... Lutero... el Rey
Francisco... ¿qué nos importa
todo eso? Aquí las mujeres,
las máscaras y la broma.

DON RICAR. ¡Verdad! Los días de fiesta
yo soy distinta persona.
¡En poniéndome una máscara
hasta mi cabeza es otra!

DON SANCHO. *(A Don Matías.)*
Señor, ¿por qué no será
fiesta la semana toda?

DON MATÍAS. ¿Vendrán los novios?

DON SANCHO. Sin duda.

DON MATÍAS. ¡Ella es cual Venus hermosa!

DON RICAR. Y el Emperador, sobrado
bueno, que a Hernani perdona
y le entrega a Doña Sol,
y de títulos lo colma!
A fe que otra cosa hubiera
hecho yo.

DON SANCHO. *(A Don Matías.)*
¡Cómo me enoja
este señor de oropel!
DON RICAR. ¿Qué decís?
DON MATÍAS. *(Conteniendo a Don Sancho. Bajo.)*
No es esta hora
de riñas...
(Alto a Don Ricardo.)
Me recitaba
un pasaje de la historia.
DON GARCÍA. Señores ¿habéis notado,
de tanta alegría enmedio,
entre flores y colores
y mujeres... un espectro,
que, arrimado a una columna,
todo vestido de negro,
manchaba la mascarada
con su talante siniestro?
DON RICAR. ¡Sí, por Dios!
DON GARCÍA. ¿Y, quién será?
DON RICAR. Por la estatura y el cuerpo
debe ser el Almirante.
DON FRANC. No.
DON RICAR. El de Soma...
DON GARCÍA. No trae séquito.
DON SANCHO. Ni se ha quitado la máscara.
DON GARCÍA. Será el Conde de Toledo
que, por intrigar...
DON RICAR. No... Al Conde
le he hablado yo hace un momento.
DON GARCÍA. Entonces... quién diablos puede
ser ese fantasma? ¡Oh..., vedlo!
(Entra un enmascarado con dominó negro y cruza lentamente el fondo. Todos se vuelven a mirarle y le siguen con la vista sin que él haga caso.)
DON SANCHO. ¡Qué paso!... ¡Si ser pudiera,
así andarían los muertos!
DON GARCÍA. *(Corriendo a él.)*
¡Máscara!
(El máscara se detiene. Don García retrocede.)
¡Por vida mía!
¡Sus ojos destellan fuego!
DON SANCHO. Es el diablo en persona.
(Acercándose al máscara.)
¡Hola! ¿Vienes del infierno?

ÁSCARA. No vengo, voy.

(Sigue su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista con cierto espanto.)

ON SANCHO. *(Aterrado.)*
¡Esa voz!...
ON GARCÍA. Es espantosa... convengo,
pero... en un baile.
ON MATÍAS. Será
algún chusco de mal género.
ON GARC:A. Y si es Lucifer que viene
a vernos bailar... ¡bailemos!
ON SANCHO. *(A Don Matías.)*
Ved donde va.
ON MATÍAS. *(Acercándose a los arcos.)*
La escalera
ha bajado y allá lejos
se detiene.
ON SANCHO. *(Preocupado.)*
Es singular.
ON MATÍAS. Mañana sabréis qué es ello.
Ahora a gozar de esta fiesta
feliz... ¡Los novios!... ¡Silencio!

(Entran Hernani y Doña Sol de la mano. Ella en magnífico traje nupcial. El de terciopelo negro y el Toisón al cuello. Detrás, multitud de damas y caballeros, de máscara, que le dan cortejo. Cuatro pajes les preceden y les siguen dos alabarderos.)

ESCENA SEGUNDA

Los mismos. HERNANI, DOÑA SOL y séquito.

HERNANI. *(Saludando.)*
Amigos míos... señores...
DON RICAR. *(Adulando.)*
¡Duque de Aragón insigne,
tu felicidad ha hecho
la nuestra!
DON GARCÍA. La vera efigie
de Venus la novia es.
DON SANCHO. Ya es tarde.
DON MATÍAS. La hora de irse.

DON GARCÍA. ¡Señores!

DON RICAR. Nos retiramos.

(Todos van a saludar a los recién casados salen, unos por las puertas y otros por la e calera del fondo.)

HERNANI. *(Despidiéndolos.)*
¡Dios os guarde!

DON SANCHO. *(Dándole la mano.)*
¡Sed felices!

(Quedan solos Hernani y Doña Sol. Las luc se van apagando y muy luego reinan la ob curidad y el silencio.)

ESCENA TERCERA

HERNANI y DOÑA SOL.

DOÑA SOL. Por fin se fueron todos.

HERNANI. Qué tormento
de fiesta. Aquel alegre vocerío
me mareaba... Vamos...
(Atrayéndola hacia la puerta.)

DOÑA SOL. *(Resistiéndose a seguirle.)*
Un momento
siéntate aquí, a mi lado, dueño mío.

HERNANI. ¿Y cómo no acercarme si me llamas?
Mándame... Delirar, morir de amores...
Dile al volcán: extinguirás tus llamas.
¡Por ti el volcán se cubrirá de flores!
No hay música más dulce que tu acento;
encanta el corazón, duerme el oído,
suspende entre los labios el aliento.
¡El gigante a tus pies está vencido!

DOÑA SOL. ¡Qué bueno eres, Hernani!

HERNANI. ¡No!... Ese nombre
¿por qué otra vez tu labio ha pronunciado
Deja que olvide que existió ese hombre,
da al viento las cenizas del pasado.
Hubo un alma cruel a quien brindaban
furia y alas los raudos vendavales,
cuyos ojos sangrientos fulguraban
en la sombra, lo mismo que puñales.
Un monstruo que los campos devastando
luchó con su fatídico destino
puñal en mano, tras de sí dejando
el incendio y la muerte en su camino.
Mas hoy amo los campos y las flores,
las estrellas, la noche rumorosa

que encantan con su voz los ruiseñores...
¡Soy Don Juan de Aragón y tú mi esposa!
He vuelto a construir el derruído
palacio que habitó la estirpe mía;
otra vez el hogar está encendido.
¡Ya no soy más que amor y que alegría!
¡Qué importan los harapos que llevaba
si al volver a mi hogar, en los umbrales
para besar mi frente, me esperaba
el ángel de mis sueños ideales!
De un puesto en el Consejo de Castilla
y de mis nobles títulos soy dueño...
¡Fué el pasado una triste pesadilla
que hoy se disipa entre la luz de un sueño!

DOÑA SOL. ¡Oh, Don Juan de Aragón, cuánto te adoro!
El pasado murió... Brilla el futuro
como fulgura ese collar de oro
sobre ese rico terciopelo obscuro.
(Atrayendole hacia la ventana.)
¡Es nuestra noche! Fulgen encendidas
las estrellas. Las luces se extinguieron,
y están las brisas del jardín dormidas
soñando con las músicas que oyeron.
En el azul la luna se adormece
extasiada al mirar nuestros amores,
y, cual nosotros, respirar parece
el aire embalsamado de las flores.
No se escucha un rumor, ni brisa alguna.
Cuando tus labios trémulos me hablaban,
al par tu voz y el brillo de la luna
de luz y amor mi corazón bañaban.
A cortesanas músicas, prefiero
escuchar por los montes, repetido,
de tu bocina el eco lastimero,
de alguna flauta rústica el sonido.
(Oyese el son lejano de una bocina.)

HERNANI. *(Aparte, extremeciéndose.)*
¡Maldición! ¡Ay de mí!

DOÑA SOL. ¡Dios me ha escuchado!
Don Juan, escucha, tu bocina es ésa.

HERNANI. Llámame Hernani. (El viejo lobo ha aullado,
y hambriento viene a reclamar su presa.)

DOÑA SOL. ¿Qué tienes, dime?

HERNANI. (La palabra dada.)
¡El Duque!...

DOÑA SOL. Mas qué es esto, ¿qué te asombra?
¡Me espanta el resplandor de tu mirada!

HERNANI. ¿No ves al viejo que se ríe en la sombra?

DOÑA SOL. ¡El viejo! ¿Quién? Don Juan, tú desvarías
¿Qué secreto tu rostro ha demudado?
¡Calme tu voz las inquietudes mías!
¿Qué tienes?

HERNANI. Lo juré.

DOÑA SOL. Di, ¿Qué has jurado

HERNANI. *(Sigue con ansiedad todos los movimientos. Detiénese de golpe y se pasa la mano por la frente.)*
(¡Qué iba a decir, Dios mío!) Yo... yo... nada
¿De qué te hablé?

DOÑA SOL. Me has dicho...

HERNANI. Nada... Siento
vacilar mi cabeza trastornada...
(Vuelve a sonar la bocina.)
(¡Otra vez!... Ni un puñal... ¡Mi juramento!)

DOÑA SOL. ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

HERNANI. Una herida
en mi pecho otra vez de abrirse acaba.
(Debe salir de aquí.) Sol de mi vida.
¿Recuerdas aquel pomo que llevaba
siempre conmigo en mi camino errante?

DOÑA SOL. Ya sé cuál... Voy por él.

HERNANI. Oye... Deseo
ese pomo de elíxir al instante...
El curará este mal que ahora preveo...
(Vase Doña Sol por la puerta de la cámara nupcial.)

ESCENA CUARTA

(El máscara del dominó negro aparece en el fondo. Hernani se detiene petrificado.)

HERNANI y DON RUY.

DON RUY. «Siempre que lo deseéis,
suceda lo que suceda,
de mi vida dispondréis.
Con vos mi palabra queda.
De esta bocina al oír

el eco ronco y lejano
yo mismo vendré a morir.
¡Mi vida está en vuestra mano!»
La deuda a que te obligaste
me has de pagar al momento.
¡Ante los muertos juraste,
y es sagrado el juramento!

HERNANI. ¿Qué quieres, hombre fatal?

DON RUY. Los dos hemos de morir.
Te traigo dónde elegir:
el veneno o el puñal.
Los dos juntos partiremos...
(Le presenta el pomo y el puñal. Hernani toma el pomo temblando.)

HERNANI. La suerte en mis manos pone
este pomo.

DON RUY. Antes, ¡oremos
para que Dios nos perdone!

HERNANI. Pues bien, no obedezco, no;
sabré librarme de ti.

DON RUY. ¿Cumple un caballero así
con la palabra que dió?
Por la memoria postrera
de tu padre lo ofreciste...
¿Lo olvidaste? Bien hiciste.
¡La juventud es ligera!

HERNANI. ¿Por mi padre?... ¡Padre mío!
Es sagrada la promesa.

DON RUY. ¿Y ahora cumplirla te pesa?
Eres sacrílego, impío...

HERNANI. ¡Señor Duque!

DON RUY. Entre los dos
todo, Don Juan, ha acabado.
No has cumplido lo jurado...
Ahora parto solo... ¡Adiós!
(Va a partir. Hernani le detiene.)

HERNANI. Espera... ¡Qué desconsuelo!
Haz lo que quieras de mí.

DON RUY. Toma.
(Indicándole el pomo.)

HERNANI. *(Cogiéndolo de nuevo.)*
¡Perseguirme así
hasta las puertas del cielo!
(Vuelve Doña Sol, sin ver al encubierto, que está de pie en la escalera del fondo.)

ESCENA QUINTA

Los mismos y DOÑA SOL.

DOÑA SOL. No he encontrado la caja... Busqué en van
HERNANI. (¡Ella otra vez!) En qué momento vienes.
DOÑA SOL. Dime, Don Juan, ¿qué ocultas en la manc
Vacilas a mi voz. Dime, ¿qué tienes?
(El encubierto se quita el antifaz. Doña S reconoce a Don Ruy y da un grito.)
¡Un veneno!
HERNANI. (¡Gran Dios, qué sufrimiento
DOÑA SOL. ¿Por qué engañarme así? ¿Por qué ocultaba
ese horrible misterio?
HERNANI. (¡Qué tormento!
He debido ocultarlo.)
DOÑA SOL. ¡Me engañabas!
HERNANI. Al Duque de Pastrana, a quien un día
mi salvación debí, había jurado
morir. ¡Cumpliendo la palabra mía
queda limpio Aragón; Silva, pagado!
DOÑA SOL. Tú eres mío, Don Juan. Saber no quiero
de juramentos. Mi cariño es fuerte,
y contra el Duque y contra el mundo enter
yo sabré defenderlo y defenderte.
DON RUY. *(A Hernani.)*
De pagar una deuda tan sagrada
las almas de los nobles no se eximen.
DOÑA SOL. ¿Juraste?
HERNANI. Sí, juré.
DOÑA SOL. ¡No importa! Nada
te obligará a morir. ¡Eso es un crimen!
DON RUY. *(A Hernani.)*
¡La hora de tu muerte ya ha sonado!
(Hernani va a obedecer. Doña Sol lo detiene.)
HERNANI. Déjame, Doña Sol... ¡qué desconsuelo!
El Duque aguarda; el plazo ya ha expirado,
¡y mi padre nos mira desde el cielo!
DOÑA SOL. *(Al Duque. Saca un puñal del pecho.)*
¿Ves de mis ojos la mirada fiera?
¿Ves en mi mano esta hoja fulgurante?
Soy de tu casa... y aunque tu hija fuera
¡ay de ti, si te acercas a mi amante!
(Tira el puñal y cae de rodillas.)
Mas no, ¡piedad! Veme a tus pies de hinojos.
Por tu honor, por tu sangre esclarecida,

por el llanto que vierten estos ojos,
¡perdónalo, señor! ¡Toma mi vida!

DON RUY. ¿Tanto le amas?

HERNANI. ¡Llora!

DOÑA SOL. No; no quiero
que matéis a mi esposo. ¿Lo escucháis?
Yo os amaré con un amor sincero
también a vos, señor, si perdonáis.

DON RUY. Piedad de mí ni compasión esperes.
Con ese afecto sin pasión, ahora,
despojos de otro amor, di, ¿cómo quieres
aplacar esta sed que me devora?
(A Hernani.)
Puesto que aquí no más hallo mujeres
y almas cobardes, a morir cual hombre
parto. Ya dueño de tu vida eres.
De tu padre juraste por el nombre...
Mas yo, Don Juan, iré a su sepultura
a decir cómo cumple el juramento
su hijo...
(Va a irse.)

HERNANI. ¡Deteneos! ¡Qué amargura!
Esperad, esperad sólo un momento.
(A Doña Sol.)
¿Podrás amarme tú, si llevo escrito
un eterno baldón sobre la frente?
¿Me quieres ver maldito
de Dios?... Dama ese pomo. Humildemente,
de rodillas, lo pido. Yo no quiero
la vida sin honor. La fe jurada
me condena a morir; por ella muero.
¡La vida sin honor no vale nada!

DOÑA SOL. ¿Lo quieres?

HERNANI. Sí.

DOÑA SOL. Bien.
(Bebe.)
Toma.

HERNANI. ¡Cielo santo!

DON RUY. ¡Era para ella!

HERNANI. ¡Ves! ¡Infame viejo!
¡Oh, desesperación!

DOÑA SOL. ¿Por qué ese espanto?
Si mi parte bebí, la tuya dejo.
Ahora que mi promesa está cumplida
cumple la tuya tú; la misma suerte
que ligó nuestras almas en la vida
nos abrirá las puertas de la muerte.

HERNANI. Yo también moriré. Más di, ¿qué fiera
locura te arrastró? Dime, ¿qué has hecho?

DOÑA SOL. En la noche nupcial que nos espera
será la sepultura nuestro lecho.

HERNANI. *(Va a beber.)*
¡Padre, ya nuestra deuda está pagada!

DOÑA SOL. *(Sujetándole.)*
No, detente, Don Juan. ¡Ese veneno
es hidra de mil dientes que enroscada
me está oprimiendo y devorando el seno!
¡No bebas, no, Don Juan! ¡Yo no sabía
que se sufriera tanto!

HERNANI. *(Bebe. A Don Ruy.)*
¡Qué cruel eres!
¿Ni siquiera te espanta esa agonía?
¡De los cielos jamás perdón esperes!
(Hernani apura el veneno y arroja el pomo.)

DOÑA SOL. Nuestra noche de boda ha comenzado.
Pálida novia, al fin de tu carrera,
Don Juan, has encontrado.
¿Serán mis labios como blanca cera?
¿Verdad?... Un beso, Hernani.

DON RUY. Todavía
se adoran en la muerte.

HERNANI. A Dios bendigo
que me ha dado este premio en la agonía.
Morir... Dormir para soñar contigo.
¿Ves esas llamas que a la par se encienden
en la noche? ¿No ves tender el vuelo
juntas dos sombras que a la luz ascienden?
Son nuestras almas que se van al cielo.
(Muere.)

DOÑA SOL. *(Con voz desfallecida.)*
¿Muerto? No ha muerto. Se quedó dormido
soñando con mi amor...
(Lo abraza.) Así, abrazados,
dormiremos los dos.
(A Don Ruy.) Tú lo has querido.

DON RUY. ¡Maldición sobre mí! ¡Ya estáis vengados!
(Se da una puñalada y muere.)

FIN DEL DRAMA

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA, S. A.—Sección de Publicaciones

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y Verneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaecha, música del maestro Rosillo.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, adaptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de Sevilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo y Vert.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ELENA, de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, versión castellana de José Juan Cadenas y Enrique G. Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON-MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Emilio [illegible] y Francisco de [illegible], música del maestro [illegible].

23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina. (Extraordinario homenaje a María Guerrero.)

24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.

25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.

26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.

27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.

28. TU SERÁS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

29. LA PETENERA, de Francisco Serrano Anguita y Manuel de Góngora.

30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche, música de Soutullo y Vert.

31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Antonio Paso y Antonio Estremera.

33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque, música de Moreno Torroba.

34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinlay.

35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.

36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.

37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.

38. LA MORERIA, de Federico Romero y Guillermo Fernández-Shaw, basada en la obra de Julio Dantas "La Severá", música del maestro Rafael Millán.

39. LA CURA, de Pedro MuñozSeca y Enrique García Velloso.

40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.

41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Manuel Linares Rivas.

42. HERNANI, versión y arreglo a la escena española por D. Manuel y D. Antonio Machado y D. Francisco Villaespesa.



Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.